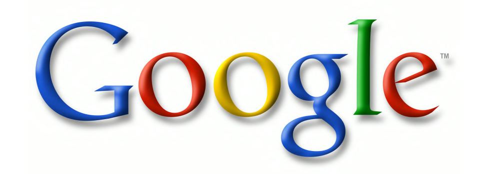




CAUSAS DE LA PERFECCIÓN

DE LA

LENGUA CASTELLANA

EN EL SIGLO DE ORO DE NUESTRA LITERATURA

POR

D. MIGUEL MIR

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE — **LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO**

Carrera de San Jerónimo, 2. — Pontejos, núm. 8.

1902

CAUSAS DE LA PERFECCIÓN

DE LA

LENGUA CASTELLANA

OTRAS OBRAS DE D. MIGUEL MIR

	Peset
Historia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	6
Harmonía entre la Ciencia y la Fe	6
Espíritu de Santa Teresa	3
Bartolomé Leonardo de Argensola	2
Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América	1
Al pie del altar	3
Manual del cristiano	6

CAUSAS DE LA PERFECCIÓN

DE LA

LENGUA CASTELLANA

EN EL SIGLO DE ORO DE NUESTRA LITERATURA

POR

D. MIGUEL MIR

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1902



AL LECTOR

Esta obrita fué publicada por primera vez hace bastantes años. Es en su parte principal el Discurso que pronunció su autor al ser recibido en la Real Academia Española el día 9 de Mayo de 1886. Como sucede en tales obras, hízose de ella una tirada muy corta, la cual desapareció inmediatamente entre los que asistieron al acto y algunos más que mostraron deseos de tenerla.

De entonces acá varias veces, y por personas de gustos y aficiones muy diferentes, ha sido solicitada su impresión. Estudios y ocupaciones de otra índole han dificultado el cumplimiento de estos deseos. Al realizarlos hoy conviene advertir que esta obra no sale á luz tal como fué impresa la primera vez, sino muy aumentada, ya con notas y apuntamientos preparados antes de ser leída en la Academia y que fueron suprimidos por no acrecentar demasiadamente su volumen, ya con otros que después de impresa se le han ido allegando poco á poco, fruto de nuevas investigaciones.

Aun con estas adiciones está su autor muy lejos de creer que ha desempeñado cumplidamente el asunto que se propuso tratar. Es esta disertación un ensayo de investigación, y nada más, sobre uno de los temas más fecundos, al par que más hermosos é interesantes, que ofrece el estudio de la literatura española, y como tal la presenta al público, esperando que la averiguación de las causas que llevaron á la lengua castellana á su más alto punto de perfección no dejará de interesar á los aficionados á nuestra literatura y de contribuir, en los que acierten á leerla, al conocimiento del admirable estilo de nuestros grandes escritores, para aprender en ellos á corregir, modelar y mejorar el propio.

CAUSAS DE LA PERFECCIÓN

DE LA

LENGUA CASTELLANA

EN EL SIGLO DE ORO DE NUESTRA LITERATURA

DISCURSO

LEÍDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 9 DE MAYO DE 1886

SEÑORES:

Si para llegar al puesto eminente á que me ha encumbrado vuestra benevolencia no se necesitase más que amor decidido y entusiasta á lo que es objeto principal de vuestras tareas y estudios, yo confieso que no habría desmerecido la honra de sentarme entre vosotros.

Aunque nacido bajo un cielo donde suenan como extraños y advenedizos los nobles acentos de la lengua castellana, impulso misterioso me inclinó desde los primeros años al cultivo de este idioma hermosísimo, gozándome en la lectura de los escritores que supieron emplear mejor sus galas y adornos y

contemplando con singular admiración los tesoros de sabiduría y de elocuencia que en ellos están encerrados. Más tarde, cuando la reflexión y la edad abrieron la puerta al estudio, y cuando trasladado al suelo de Castilla pude recrear el oído con la harmonía majestuosa de nuestra habla, y verla, no ya muerta en los signos de la escritura, sino viva en los labios y ostentando la pompa de sus atavíos en las calles y plazas, á la luz del sol y con todo el señorío y libertad que le presta la humana inventiva, el amor, que hasta entonces había sido instintivo y espontáneo, comenzó á ser advertido y deliberado, y las gracias y riquezas que, recatadas y como encubiertas, habían ya solicitado mi afición, al manifestarse claramente á los ojos la cautivaron de todo punto, apasionándome de tal manera por la hermosura de esta lengua, que no hubo excelencia que no creyese descubrir en ella, ni grandeza ó prerrogativa de que no la considerase adornada.

Magnífica y grandilocuente, juntando en los rasgos de su fisonomía la belleza de los idiomas clásicos con la brillantez de colorido de los orientales, presentóseme esmaltada con las perfecciones más aventajadas con que se enaltece el habla de un pueblo. En los monumentos levantados á su gloria y por la eficacia de su virtud hallé reunidas, en consorcio admirable, la nobleza de la idea y la expresión más gallarda de la forma, los colores más ricos de la imaginación y los tesoros más delicados del sentimiento, los esplendores de la materia y los deleites más apacibles del espíritu. Y en la abundancia incalculable de sus palabras, en la variedad de sus modos de decir, en sus sales y donaires, en la energía varonil de sus frases y geniales expresiones, en la facilidad, en fin, con que se acomoda, así á los movimientos más vehementes de la elocuencia como á la declaración de los sentimientos más suaves y tranquilos del alma, admiré tantas grandezas y perfecciones, que no pude

menos de tenerla por la hija más afortunada de aquella matrona nobilísima, que, salida del Lacio, acompañó al pueblo romano en sus descubrimientos y conquistas, heredera de su augusta majestad, maestra de toda urbanidad y cortesanía, archivo de todo primor y gentileza.

Tal y tan grandiosamente enriquecida apareció á la vista de mi espíritu el habla castellana; y cuando, arrebatado ya y encendido en el amor de su soberana hermosura, caí en la consideración de que esta lengua, tan bella y magnífica, era, no solamente el instrumento de que se ha servido nuestro pueblo para la declaración y comunicación de sus ideas, sino también la obra más espléndida de su actividad, el conjunto y resumen de todos los pensamientos y afectos que le han agitado en el curso de su historia, el símbolo y la enseña de cuanto es sinceramente español y el magnífico trasunto de lo más íntimo, más genuino, más singular é idiomático que hay en nuestro ser, el entusiasmo salvó todos los límites, y juntándose el santo amor de la Patria á los placeres más puros del arte, me sentí atraído á esta lengua por el afecto más dulce y por el amor más noble y entrañable del alma.

Por desgracia, esta afición, que pudiera ser principio de hechos grandes y generosos, hubo de ser desaprovechada y estéril, y si pudo engendrar en mí castos y suaves deleites, hubo de entreverar también en estos mismos deleites tristes desalientos y amargos desengaños. Porque si, enamorado de las bellezas que veía en nuestros grandes escritores, intenté alguna vez seguir sus huellas y traspasar á mis ensayos de escritor las galas de su estilo y los primores del arte en que fueron tan excelentes, pronto me desengañé de que tal empresa no estaba guardada á mi ingenio, viendo ajarse entre mis rudas manos aquellas flores de hermosura y pagando con la tristeza del desaliento la pena debida á mi temeridad y osadía.

Yo no sé si esta mi afición desventurada y el esfuerzo por emular el arte de nuestros buenos autores, ya que no la dicha imitarlos, se echan de ver en los pocos escritos en que mi pluma se ha ejercitado. Si así fuese, y si esto hubiese atraído vuestras miradas hacia mi persona y movídoos á levantarla del retiro en que merecidamente yacía á la esfera de gloriosa luz en que vive esta Academia, nadie habrá ciertamente que deje de confesar que en este caso vuestra condescendencia ha pecado de excesiva, otorgando á los buenos deseos y á las aspiraciones generosas lo que sólo debiera concederse á obras excelentes y á méritos esclarecidos.

Como quiera que esto haya sido, á mí no me toca más que agradecer el honor que se me ha entrado por las puertas, confesando la deuda contraída con vosotros y la obligación en que me habéis puesto de esforzarme por aparecer en adelante menos indigno de vuestros favores.

Acrecienta y sube de punto mi confusión y gratitud la circunstancia de suceder en esta Academia á un varón insigne que, no con ensayos ó estudios de mero aficionado, sino con obras que vivirán perdurablemente en nuestra literatura, alcanzó este puesto de honor y no dejó de honrarlo y enaltecerlo mientras que se sentó entre vosotros. Nunca le traté, ni aun le conocí siquiera de vista. Pero ¿quién que haya leído las obras de D. Antonio García Gutiérrez no ha admirado las dotes extraordinarias de su ingenio, la viveza de su fantasía, la fecundidad de su numen poético y, más aún, la hidalguía de sus sentimientos y la nobleza de su alma? En los primeros pasos que dió por la senda que había de conducirle á campos de tanta gloria, debió poco á la educación y al estudio, menos á la fortuna, casi todo á su riquísima naturaleza. Sintiendo en sí aliento para remontarse á las más elevadas alturas, por natural impulso tendió sus alas, y del primer vuelo se encumbró á las

esferas más sublimes del idealismo poético, y en ellas perseveró hasta edad muy avanzada, sin cansancio ni decaimiento, conservando siempre la flor de su lozanía y la juventud eterna del alma. Profundamente patriótico y popular, representó las dotes más características del ingenio español; en la bizarría de su lenguaje, en la brillantez de su fantasía y en la fuerza y espontaneidad de su ingenio traía á la memoria los tiempos más gloriosos de nuestra literatura; y en el espíritu que íntimamente penetra sus creaciones, vimos reflorecer las cualidades que más enaltecieron á los escritores ilustres que en la era más grande de nuestra historia nacional fueron alto honor de la poesía dramática en España.

Al suceder en la Real Academia Española á varón tan famoso, cúmpleme declarar que, si entrar en este santuario de las letras sería para mí honra insigne acreedora á suma gratitud, entrar en él para ocupar la plaza que dejó vacante el Sr. García Gutiérrez es honor tal, que no puede menos de halagar el corazón y llenarle de noble orgullo. Porque al derramarse por el ámbito de España la luz de este nombre, no hay duda que se esparce y asienta principalmente sobre la silla que él dejó vacía y sobre la persona que tiene que ocuparla, y la medalla que adornó su pecho, al colocarse sobre el mío, parece que viene á comunicarle alguna parte de la gloria que él le prestó con su contacto. Gracias, señores, por este honor; muchas gracias por el hermoso reflejo con que habéis querido iluminar la oscuridad de mi nombre.

Os he dicho que el del Sr. García Gutiérrez trae á la memoria los tiempos más ilustres de nuestra literatura. Solicitado por tales recuerdos y aguijado al par por mis aficiones de que ya os he hablado, no extrañaréis que no acierte á distraer el pensamiento de aquellos tiempos venturosos, y menos os causará admiración que, habiendo de hablar en presencia de la

Academia, que tiene á su cargo la empresa de velar por la pureza de la lengua española, elija por asunto de mi discurso el estado ó punto de perfección á que lograron levantarla los autores que tan vivamente trae á nuestra memoria el Académico difunto.

El siglo en que vivieron estos autores fué, en verdad, la época más brillante de nuestra habla; aquél el período de nuestra historia intelectual, que es á la vez nuestro ejemplo y nuestro orgullo. En él tienen puestos los ojos cuantos desean conocer la riqueza de nuestro idioma y penetrar la grandeza, variedad y hermosura de que es capaz cuando es tratado por plumas hábiles y por ingenios sobresalientes. Allí tiene también la Academia la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos. Los escritores de aquella gloriosa edad difieren, como no puede menos de suceder, en las dotes del ingenio, en la doctrina, en el arte de escribir; pero en todos, aun en los más humildes, resplandece igual pureza y hermosura de lengua, el mismo castizo vigor de estilo, idéntica fuerza, ruda á veces, pero viva siempre, briosa, genial de la frase. Este es su caracter general; esto es lo que les constituye para nosotros norma del estilo, regla del bien decir, criterio y fundamento de clásica belleza. Pero ¿de dónde les vino á estos escritores este elemento de fuerza, vigor y hermosura? ¿De dónde partió el impulso generoso que los llevó á tan sublime dignidad y alteza? ¿Cuál fué la chispa eléctrica que conmovió tan íntimamente el genio español que le dispuso y habilitó para creación tan maravillosa de lenguaje y estilo? ¿Dónde, en fin, está el secreto de la belleza extremada del estilo de aquellos libros cuya lectura jamás nos cansa, y que son juntamente nuestro deleite y nuestra desesperación?

Sin duda alguna, más de una vez, Sres. Académicos, os habréis hecho estas preguntas. Acostumbrados á estudiar las vi-

cisitudes y particularidades de nuestra habla, tal como vive en nuestros más preciados monumentos, habrase parado vuestra atención en este fenómeno, el más bello seguramente que ha ofrecido en la historia de su desenvolvimiento secular. Yo desearía, como he dicho, detenerme por unos instantes en el estudio de este fenómeno y contestar á aquellas preguntas. Sé que nada nuevo tengo que deciros; pero me daría por satisfecho si lograra adivinar las ideas que en este instante bullen en vuestras inteligencias y decir en alta voz lo que calladamente estáis diciendo en lo oculto del pensamiento. Á esto no más se ciñen mis aspiraciones; y como el asunto es tan conforme con vuestros gustos, me atrevo á esperar que lo que voy á decir ha de ser recibido por vosotros con agrado y benevolencia, á la manera que solemos oir con deleite al que nos habla de aquello que satisface nuestras aficiones y se conforma con nuestros pensamientos y halaga los afectos de nuestro corazón, siquiera nos cuente cosas y perfecciones y merecimientos que estamos hartos de saber, y aunque los refiera en estilo tosco y desaliñado.

I

Brota la palabra en nuestros labios cuando la acción ó influencia de las ideas que impresionan nuestra alma se ha levantado á tal grado de intensidad que, no pudiendo contenerse en los límites en que fueron engendradas, salen á lo exterior para comunicarse á los demás y derramar por defuera la luz en que están envueltas y el calor en que están encendidas. Al realizarse esta revelación admirable, no hay en nosotros facultad que no contribuya á dar á la forma de nues-

tro pensamiento su expresión adecuada y perfecta. El entendimiento la ilumina con los rayos de la verdad de que él mismo está penetrado; la imaginación la esclarece y colorea con sus tintes y matices; la memoria la enriquece con sus recuerdos; los afectos que nos conmueven, los vicios ó las virtudes que nos abaten ó enaltecen, todas las potencias, en fin, que afectan nuestra alma, se enlazan en harmonioso consorcio para realzar la palabra humana con los adornos y joyas más resplandecientes. En las demás artes ó facultades revélase parte de nuestra actividad; en la palabra se manifiesta todo el ser y naturaleza del hombre, su inteligencia, la energía de su voluntad, la educación de sus costumbres, el ambiente físico y moral en que se ha criado, lo que ha sido, lo que es, lo que puede ser.

Según sea el estado de exaltación ó abatimiento en que se hallen las facultades de nuestra alma, así será la forma expresiva de nuestros pensamientos. De aquí la diferencia en el tono de la expresión, la variedad en la energía de la frase y la diversidad de formas que reviste el lenguaje en cada uno de los hombres. Cada cual, en verdad, tiene su estilo, como cada cual tiene su voz, su fisonomía y su carácter. Y como las naciones no son más que muchedumbres de individuos unidos por lazos comunes de ideas, sentimientos y tradiciones, á cada modificación que se realice en estas fuerzas ó elementos corresponderá una modificación en la lengua, tan clara y manifiesta que en la variedad de sus formas y sonidos y en la naturaleza del estilo y en sus frases y modos de decir podrá conocerse el estado de las ideas, pasiones y caracteres de los que la hablaron, y á través de los acentos del conversar común y en el vasto murmullo de sus sonidos podrá sentirse alentar el espíritu de una nación y palpitar el corazón de un pueblo.

No hay duda que la esencia de estas fuerzas psicológicas

que, obrando en lo más profundo y escondido del alma, aparecen en la vida exterior del lenguaje se oculta al humano entendimiento, ni más ni menos que se oculta á la mirada del espíritu la íntima acción de las fuerzas físicas que, obrando en los elementos de la materia, son la causa última de los fenómenos que la naturaleza ofrece á nuestra vista; mas también es verdad que no faltan hechos ó causas generales por donde en alguna manera podemos rastrear la razón de los fenómenos que presenta el lenguaje, ya lo consideremos en los hombres singulares, ya en el pueblo ó nación que lo habla.

Estrechísima es la relación que corre entre la idea y la palabra. No se confunden ni se identifican; pero andan tan unidas y enlazadas, que lo que afecta á la una altera ó modifica á la otra. La palabra es la señal exterior de la idea, su expresión material, la forma que la revela en su pureza y exactitud; la idea es la virtud que da ser intrínseco á este signo material, la luz que lo esclarece, el alma que lo anima. La palabra sin la idea sería sonido muerto y sin significación ni importancia alguna; la idea sin la palabra quedaría oculta en lo escondido del alma y privada de vida ó influencia exterior. Juntas estas dos realidades, es á saber, el pensamiento con su forma y el signo con la cosa significada, resulta la creación más bella, más útil y beneficiosa que la mano de Dios ha puesto al servicio de la criatura racional.

En este compuesto maravilloso es claro que la idea ha de llevar ventaja á la forma, como el espíritu la lleva á la materia. La idea es, en efecto, anterior á la palabra; es además lo que la sostiene y fecunda, lo que le da la energía y virtud que en sí tiene. «El hablar, dice Fr. Luis de León (1), nasce del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo

(1) En *La perfecta casada*, § 10.

que el ánimo concibe en sí mismo.» Cuanto este concepto sea más claro y vigoroso, cuanto más noble y elevado, tanto más poderosa y eficaz será la palabra. La luz de la idea ha de penetrar y ennoblecer el lenguaje, si ha de ser claro é inteligible; de dentro le ha de venir su hermosura, no de los adornos postizos y exteriores. «No basta, decía uno de nuestros antiguos (1), que el concepto ó pensamiento que exprime la lengua, como el oro, resplandezca y brille por defuera; más que esto es menester para su perfección y hermosura: ha de resplandecer en lo hondo y en el centro de él como el cristal y el diamante, descubriendo la fineza de su más íntimo valor con resplandores que por todas partes le cerquen y de que todo él esté bañado ó penetrado.» Poco importa que los vocablos sean sencillos ó tomados del hablar común y aun familiar, si la idea es clara y precisa. Sea el pensamiento claro, perspicuo y luminoso, que si lo es, su mismo resplandor y nobleza, reverberando en la palabra, la esclarecerá y ennoblecerá y subirá los quilates de su valor, mientras que, si no lo fuere, cuanto más se quisiere aclarar y engrandecer con adornos postizos, tanto aparecerá más ruin y despreciable. Por esto el que aspire á perfeccionar su estilo y á levantarlo y engrandecerlo ha de empezar por perfeccionar y esclarecer y ennoblecer las ideas, acendrándolas y purificándolas y dándoles aquel lustre y hermosura que les viene de lo íntimo de su ser y de lo más hondo de su naturaleza.

Principio de la claridad y ennoblecimiento de la idea es la verdad. Solamente lo verdadero es claro é inteligible, como solamente es noble, hermoso y deleitable. Lo falso y erróneo es siempre oscuro, confuso y repugnante. Criado en las tinieblas,

---

(1) Fray Jerónimo de San José en su libro *Genio de la Historia*, parte III, c. IV.

huye la luz y esconde su verdadera realidad de los ojos y aun de las sospechas de los hombres. Con la verdad aparecen los objetos como son en sí, puros, sinceros y con aquel ser que recibieron de su Criador, y por esto son hermosos y agradables; con la falsedad se presentan revueltos y disfrazados con trajes y apariencias extrañas que, por más que lo procuren, no pueden ocultar su intento de turbar y seducir la inteligencia; y por esto son enojosos y aborrecibles.

La claridad de las ideas, efecto y resultado de su verdad, parece que debiera lograrse fácil y aun naturalmente, y de aquí pasar á las palabras por consecuencia necesaria; y con todo esto, nada hay más difícil y trabajoso. «Escribo como hablo, decía Juan de Valdés (1); solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque en ninguna lengua está bien la afectación.» Hermoso precepto, pero que en su aparente sencillez encierra la dificultad mayor que contienen las obras artísticas, supuesto que el mayor esfuerzo del arte ha sido siempre disimularse y esconderse á las miradas de los hombres.

Arte che tutto fa nulla si scopra.

«Esto parece que no lo han tocado las manos», decimos al ver una obra concluída en sus últimos primores; y si bien lo miramos, no hay parte ni punto ni accidente en ella, en que no haya intervenido trabajo exquisito de las manos, y más exquisito y afanoso del entendimiento. «La poesía, se complace en repetir el gran maestro en este arte, Lope de Vega (2), ha de costar mucho trabajo al que la escribe y poco al que la lee»; y

(1) En el titulado *Diálogo de la lengua.*

(2) En el *Papel sobre la nueva poesía*, Lope de Vega da por autor de este dicho al Dr. Garay.

lo que decía el famoso escritor de la poesía, debe decirse de la prosa, que tiene también su artificio y quizá más ingenioso y difícil de adquirir que el del verso, como debe decirse también en su tanto de toda obra verdaderamente artística.

Nace la dificultad en expresar clara y sencillamente las ideas de que, como éstas no se ofrecen generalmente á la inteligencia puras y distintas, sino envueltas en cierta vaguedad é indecisión vaporosa que no permite verlas en la exacta precisión de sus contornos, es necesario sacarlas de esta niebla ú oscuridad, á fin de que, distintas é iluminadas en sí, puedan esclarecer las palabras que las expresan con los reflejos de su propio esplendor y con los atavíos de su hermosura. Esta apuración y aclaramiento de las ideas la hace el alma cuando por medio de la reflexión interior, ora instintiva, ora querida y deliberada, toma cada concepto ó idea por sí, y mirándolo por sus varios visos ó semblantes, examina los elementos de que se compone y los distingue cuidadosamente, y clara y luminosa por sí misma derrama sobre ellos el divino fulgor que á ella la embellece. Todo lo cual es de no escaso trabajo para la inteligencia, que, ansiosa de vaguear á lo exterior, se recoge y vuelve en sí muy penosa y difícilmente, y de todo cuida, al parecer, menos de lo que en ella pasa. No hay duda sino que por su condición natural nuestra mente ama la verdad y la desea y busca con afán; pero tal influencia tienen en nosotros la alucinación de los sentidos, los prejuicios y los devaneos de la imaginación, la ingénita inquietud de nuestra mente, que apenas nos ponemos á reflexionar sobre nuestros propios actos, cuando la inteligencia se enreda y obscurece, y las ideas más sencillas, y que parece habían de presentarse con más prontitud y claridad, se nos ofrecen confusas, embrolladas y oscuras.

Es notorio que en este volver en sí de la mente, ni más ni menos que en cualquiera de las facultades ó maneras de obrar

del alma, hay variedad inmensa, así en los individuos particulares como en los pueblos y naciones, y de esta diferencia nace puntualmente la variedad de sus aptitudes y en especial la claridad ó confusión de las ideas con que cada cual procede, de donde resulta là claridad y viveza de sus palabras y la perspicuidad de su lenguaje y estilo.

Ahora bien; que la prontitud en discernir los conceptos mentales y en distinguirlos y esclarecerlos haya sido siempre dote característica de los españoles, nadie habrá que lo ponga en duda. Nuestro entendimiento, como el cielo clarísimo de España, se goza en la luz, en la transparencia y diafanidad de las ideas. La oscuridad y la confusión nos han sido siempre odiosas y repugnantes. Otras naciones se podrán gloriar de su discreción y agudeza; otras, de su elegancia y graciosidad; otras, de la precisión y energía de su hablar: los españoles nos gloriaremos siempre de hablar con claridad, sencillez y llaneza. Decir las cosas clara y llanamente siempre significará hablar castellano.

Es esto efecto de la constitución nativa de nuestro entendimiento y de la acción de muchas causas, cuya naturaleza sea tal vez imposible conocer en toda su eficacia; mas, cualesquiera que sean estas causas, el resultado por ellas obtenido es innegable, y así ha dejado rastro indeleble en nuestros usos y costumbres como en nuestra historia, así civil como política y religiosa.

De esta perspicacia nativa del ingenio, de la lucidez con que las ideas que los guían se han presentado á la mente de los españoles y del poder que ha ejercido esta claridad en los actos y resoluciones de sus voluntades, ha provenido la sinceridad de sus convicciones, la constancia y tenacidad en los propósitos, la llaneza y gravedad en las costumbres, el amor á la justicia y á la honestidad y el entusiasmo que han despertado siempre

entre nosotros todas las empresas grandes y generosas. Las ciencias ó especulaciones de la inteligencia que más nos han halagado, han sido, no las que se refieren á hechos ó datos sensibles, á lo que se puede contar ó medir, á lo que puede ocasionarnos utilidad práctica inmediata, sino las que versan sobre cosas ó realidades que resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento. Dígase cuanto se quiera en contra de esto, lo cierto y verdadero y asentado es que las ciencias que se llaman hoy positivas, las que tienden directamente al dominio de la naturaleza y á los artefactos de la industria humana, no han sido las más favorecidas y cultivadas en España, al paso que han tenido cultivadores eminentes las que versan sobre las ideas, sobre los principios abstractos, y sobre las realidades más encumbradas del espíritu, tales como la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía llamada escolástica, y de ésta aquella parte de los principios generales más recónditos y universales, á los cuales tienen que reducirse los hechos ó casos particulares, si ha de haber ciencia verdadera.

Todas las causas en que se defendían tan elevados principios han tenido en esta tierra de España sus defensores más decididos y entusiastas. Por ellas se ha peleado tenacísimamente; por ellas han derramado millares de españoles su sangre, arrostrado dificultades indecibles y sacrificado su bienestar, sus comodidades y sus haciendas. Nos han llamado soñadores, gente fantástica, nación de caballeros andantes; pero nada nos han importado tales dicterios, y seguros é imperturbables hemos seguido nuestro camino, rindiendo culto á nuestros grandiosos ideales y despreciando los bienes y las ventajas del cuerpo, para atender á los bienes del espíritu y á las inmortales aspiraciones del alma.

En todo tiempo fueron los españoles finos amantes de la belleza ideal que campea en las cosas que se sobreponen á los

sentidos; pero jamás pusieron tan de realce esta cualidad como en el siglo XVI, el más glorioso, sin duda, de nuestra historia, y tan bello y admirable cual no puede presentarlo ninguna nación entre las extendidas por la redondez de la tierra. De aquellos valerosos españoles pudo decirse con más razón que de los atenienses del tiempo de Tucídides (1) que así obraban y procedían como si no tuvieran más hacienda que su idea ó pensamiento. Descontando hechos ó casos particulares, inevitables en la condición de la naturaleza humana, las ideas más levantadas, el legítimo honor, el acrecentamiento de la religión, el engrandecimiento de la patria, encaminado á ganar

al Rey infinitas tierras
y á Dios infinitas almas,

fueron los móviles de unas hazañas que por su grandeza y temeridad nos parecen hoy imposibles. Jamás se vieron en pueblo alguno de la tierra espíritus más gallardos y vigorosos, ni que arrostraran mayores peligros y dificultades para hacer triunfar tan nobles ideas, como los que se vieron en España en aquella edad, eternamente venturosa. Jamás tampoco los hubo que acometiesen con tanto ardor la resolución de los problemas más arduos que se ofrecen al humano entendimiento; porque si las hazañas de los guerreros y famosos capitanes aparecen como imposibles ó quiméricas, las especulaciones de las inteligencias de los teólogos ó filósofos españoles, según constan en los monumentos de su saber, son tales, que de sólo mirarlos se queda la imaginación espantada. Al lado de estas construcciones asombrosas, las de los modernos que han intentado analizar los conceptos primitivos de la mente, semejan juegos de niños y entretenimientos de aficionados.

---

(1) Véase el libro I de *La guerra del Peloponeso*, n. LXX.

Sin duda no todas las partes de tan grandiosas construcciones intelectuales son igualmente sólidas, amplias y generosas, antes hay que confesar que la base ó círculo en que se levantan estos monumentos del humano saber es en ocasiones muy estrecha, no por razón de la estrechez de los entendimientos que los concibieren, sino por lo reducido que era entonces el campo de la investigación científica, falto de la observación y experimentación necesaria. Pero en lo que tomaron á su cargo investigar aquellos ingenios, nadie seguramente se ha adelantado á ellos, nadie ha llevado más allá el análisis de las ideas, nadie ha lanzado mirada más penetrativa en los problemas metafísicos, como nadie los ha resuelto con más claridad ni con audacia más generosa.

A la eminencia y soberanía de estos ingenios, más que al poder de las armas y á la habilidad de las negociaciones diplomáticas, debió España su preponderancia y avasalladora influencia. Triunfantes y acompañados de los aplausos más hon rosos para la naturaleza humana, los sabios españoles de aquella dichosa edad recorrían los reinos y provincias de Europa, derramando la luz de su enseñanza en casi todas las Universidades, obteniendo en ellas vítores y coronas, honrando las imprentas con sus obras inmortales y ganando para su patria una gloria no perecedera. En verdad, la grandeza política de España en aquel siglo tuvo sus enemigos y provocó odios y envidias inextinguibles; su grandeza científica é intelectual, si provocó envidia, fué la que llama Cervantes santa y bien intencionada; envidia que, para honor de nuestra naturaleza, no se ha acabado todavía, pues no hay nación que no desee haber engendrado ingenios tan famosos y que no se considere honrada con estampar de nuevo ediciones magníficas de los libros de aquellos sabios egregios.

El pueblo que producía ingenios de una grandeza intelectual

tan extraordinaria, había de ser grande intelectualmente. De él habia salido la savia que discurría por tan vastas inteligencias. El, además, no era el guiado y conducido por sus reyes, políticos, guerreros, conquistadores y varones insignes, sino él era quien guiaba y arrastraba á éstos por la senda gloriosísima que se franqueaba á los espíritus. Noble y de alentado corazón, abierto á todas las grandezas del alma, se puso al rfente del movimiento político y civilizador del mundo, declarándose el defensor de la verdad católica, el baluarte de la Iglesia romana, el amparador de la dignidad de la ciencia, puesta á grave peligro por las herejías reinantes (1). Viviendo en la clara atmósfera de las ideas, colocó el fundamento de su vida intelectual, no en las vaguedades de la opinión, sino en doctrinas claras, precisas y auténticamente demostradas. Luz quería, no oscuridades ni indecisiones. Dogmas é ideas le movían, no exaltaciones de la sensibilidad ni entusiasmos irreflexivos. La fe, principio de sus creencias y de las relaciones del alma con el Criador, era, no aquella fe vagarosa é indeterminada, hija del instinto y del sentimiento, que, nacida allá entre las nieblas de Alemania, extraviaba entonces á otros pueblos y naciones, sino la que se apoya en textos y dogmas bien definidos y cuya existencia puede ser demostrada por principios claros y con argumentos incontrastables.

Para poner de esto un caso particular pero muy digno de atención vemos que santa Teresa, ejemplar sin duda alguna el más hermoso y auténtico de la piedad española, buscaba, no devotos entusiastas que exaltasen su sensibilidad y fomentasen

---

(1) Son notorias las invectivas de Lutero contra la ciencia y contra las fuerzas naturales de la razón y contra los fueros de la libertad humana. Sobre los deplorables efectos producidos por sus predicaciones en la cultura general de Alemania pueden consultarse las obras históricas de Audin, Gretser, Janssens y otros.

los encendimientos de su corazón, sino teólogos eminentes que iluminasen el espíritu con su enseñanza, que la asegurasen de la bondad de sus propósitos y quereres y que le mostrasen los peligros que podía encontrar en los misteriosos caminos que llevan nuestra alma á Dios. «Son gran cosa letras, decía (1), para dar en todo luz», y una y otra vez encargaba á sus religiosas que ante todo buscasen hombres doctos, *letrados* como los llamaba, para la dirección de sus almas.

Con tal formación ó educación intelectual, entiéndese la alteza de los pensamientos, la firmeza de las convicciones y la forma y tendencia que los españoles del siglo XVI hubieron de imprimir á las especulaciones de la mente, y sobre todo á su filosofía, á su literatura, á su lenguaje y á su estilo. Viviendo la inteligencia del pueblo español en una esfera brillantísima de luz y de sabiduría, había necesariamente de reverberarla en todas sus producciones. Persuadido de que la verdad es cosa santa y reflejo de la majestad divina, la buscaba en sus pensamientos y palabras, así, como, hablando en general, la buscaba en sus obras. El entendimiento veía claro y rebosaba de evidencia, y la revertía naturalmente sobre las cosas á que se aplicaba. Era un foco de luz y quería comunicarla hacia fuera y clarificarlo y hermosearlo todo; y purificados y acendrados y ennoblecidos los conceptos, procuraba reflejar sobre las palabras en que iban envueltos el lustre que les venía de lo más íntimo de su ser y de lo más hondo de su naturaleza.

El deseo de traspasar esta claridad instintiva del pensa-

---

(1) En el *Camino de la perfección*, cap. V.—Esta idea es una de las que ocurren con más frecuencia en los escritos de Santa Teresa. En una carta escrita á la Priora de Sevilla le encarga que, cuando hubiere de comunicar algo, se deje de maestros de espíritu y busque grandes letrados, que «éstos, dice, me han sacado de muchos trabajos».

miento á las dicciones y á todo el discurso de la oración es la cualidad que más distingue á los escritores de aquel tiempo. El amor de la verdad es su guía, el inspirador de sus ideas y el que compone, ordena y metrifica sus palabras y sus frases y expresiones. Todo en sus libros se subordina á esta verdad. Muévense las ideas con orden tranquilo y apacible; el estilo corre limpio y sereno, sucediéndose unos conceptos á otros sin violencia ni esfuerzo, cual las ondulaciones de una fuente en cuya tersa superficie se retratan las luces del cielo y en cuyo fondo se ven las más menudas piedrezuelas. Allí no hay palabras superfluas y baldías, puestas no más que para dar pompa y boato al estilo. La imagen no ahoga á la idea, sino que la realza y embellece. Los epítetos son propios y convenientes; las metáforas y figuras como nacidas con los objetos que quieren ennoblecer; todo el andar de la frase es sencillo, espontáneo y natural. «Todo el bien hablar castellano, decía Juan de Valdés (1), consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que, explicando bien el concepto de vuestro animo y dando á entender lo que queréis decir, de las palabras que pusiéredes en una cláusula ó razón no se pueda quitar ninguna sin ofender, ó á la sentencia d'ella, ó al encarecimiento, ó á la elegancia.» De un famoso predicador de su tiempo dicen que solía decir el Rey D. Felipo II: «Este hombre no tiene más que un vocablo para cada cosa; pero este vocablo es el propio». Hermosa frase que resume todo el arte del hablar y del escribir.

Por maravilla, sobre todo en asuntos filosóficos ó teológicos, se hallan en aquellos escritos pensamientos falsos ó capciosos, paralogismos dialécticos tan comunes en escritores en quienes la falta de reflexión oscurece la inteligencia. Hombres

(1) *Diálogo de la lengua.*

de convicciones firmes y asentadas no dan lugar á vacilaciones propias de entendimientos mal seguros de sí mismos. Adiestrados en los procedimientos dialécticos están muy pertrechados contra los sofismas de la imaginación y las ofuscaciones del sentimiento. Así, su estilo, si por una parte tiene la claridad y el resplandor del cristal, por otra tiene la dureza del bronce y del acero.

Y esta sinceridad y candor de lenguaje no son propios únicamente de teólogos ó filósofos que habían pasado su vida entre el polvo de los libros y el alboroto del disputar de las Universidades. La claridad y elegancia de luz, el pensar alto y profundo, el estilo claro, nervioso y robusto, es común á todos los escritores de aquel tiempo, y aun mujeres cuya librería estaba reducida á unas pocas obras de romance, escriben con tal precisión y propiedad de palabras, aun sobre cosas altísimas, que espanta hoy á hombres muy versados en las especulaciones de la ciencia.

«¿Para qué quieren que escriba? decía Santa Teresa al padre Gracián cuando la instaba éste á que escribiese el libro de *Las moradas*. Escriban los letrados que han estudiado; que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo; por amor de Dios que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de mi religión, que no soy para escribir ni tengo cabeza para ello.» Esto decía la Santa bendita; mas puesta á escribir, supo hacerlo tan bien que no solamente demostró que no era una tonta, sino tan discreta y de tan buena cabeza para escribir, que su estilo, como decía quien lo entendía muy bien, el maestro Fr. Luis de León, era *la misma elegancia* y su lenguaje tan puro y hermoso que, al decir del P. Gracián, «muchos letrados no acertaran á decir una cláusula tan rodada y bien dicha como ella la dice, aunque borren y enmienden mil veces».

Y la razón de esto es porque, si no habían frecuentado las

aulas, ni sabían nada de las categorías de Aristóteles, ni sospechaban que hubiese análisis de conceptos ni figuras silogísticas, además de poseer la lucidez de entendimiento propia de nuestra raza, escuchaban de continuo á varones doctísimos que con la claridad de su enseñanza ilustraban á maravilla sus inteligencias; vivían en dichosa familiaridad con las ideas nobles y generosas; se nutrían de la médula del león, que con tanta abundancia les ofrecían aquellos insignes maestros. Las grandes Universidades, que estaban á la sazón en su punto más elevado de auge y esplendor, los colegios y fundaciones científicas, los conventos y monasterios religiosos y otras instituciones análogas, encerraban varones doctísimos, la flor intelectual de España, que amaestrados en los legítimos procedimientos dialécticos, apuraban, aquilataban y acendraban las ideas, las cuales esparcían luego en la cátedra, en el púlpito, en todos los medios é instrumentos de la enseñanza para bien universal de todos. De estas instituciones surgía una corriente de luz clara y serena, que irradiando por el espacio aclaraba, fortalecía y engrandecía el pensar del pueblo español.

En verdad, los grandes teólogos de España en el siglo XVI fueron los verdaderos maestros y los legítimos formadores y educadores del pueblo español y los autores más eficaces de su engrandecimiento. La noble enseñanza que procedía de tan vigorosas inteligencias dió elevación á las ideas y temple y vigor al carácter nacional; y la eficacia de su influencia, obrando directamente en lo más íntimo del alma española, puso en alarde sus fuerzas más vivas así como sus galas más brillantes y sus más preciados tesoros. Porque es así que todos los escritores de aquella edad merecen alta estima, no habiendo uno siquiera, por oscuro que sea, en quien no resplandezcan grandes riquezas de estilo y bellezas de lenguaje que hoy día, cuanto más las

estudiamos, nos ponen en admiración; en los historiadores maravilla la dicción severa, majestuosa, llena de energía y gravedad; en los novelistas asombra la naturalidad en la pintura de los caracteres, la viveza de las descripciones, la soltura y buena gracia del diálogo; en los dramáticos hay una flexibilidad y riqueza de palabras que no tiene igual en ninguna lengua; en los poetas, y en especial en aquel poeta sin nombre y que no fué menos que todo el pueblo español, autor del prodigioso *Romancero,* hay tal mina de frases galanas y graciosísimos modos de decir, que realmente es inagotable; pero toda esta riqueza y copiosidad de lenguaje es muy insuficiente á dar idea de los tesoros que encierra nuestra habla si no se buscan y estudian en los filósofos y teólogos y más especialmente en los llamados ascéticos de aquella edad venturosa, hasta tal punto que, quien hubiese profundizado en el estudio de aquellos autores y admirado en ellos el vigor, la copia, la majestad de la lengua castellana, muy mal conocería esta lengua si no la hubiese estudiado en los libros de los ascéticos españoles.

Las obras que estos autores escribieron son las joyas más estimadas de nuestra literatura. En ellas campea toda la soberana majestad de la lengua castellana; en ellas es donde se aprende á modelar la frase, á darle precisión y claridad, á granjearle número y harmonía; en ellas es, sobre todo, donde se acostumbra uno á pensar bien, principio y fundamento del bien hablar y del bien escribir. ¡Qué savia tan vigorosa discurre por sus páginas! ¡Qué calor tan íntimo y penetrativo se siente al leerlas! ¡Qué viveza en las imágenes! ¡Qué abundancia de comparaciones! ¡Qué tropel de frases y dichos galanísimos se levantan al contacto de las plumas de estos escritores admirables! Las palabras más sencillas adquieren en ellos una especie de iluminación sobrenatural que esclarece prodigiosamente la inteligencia y la levanta y sublima. Sus frases des-

piertan en el alma ideas y emociones que jamás experimentaron Sócrates ni Platón ni cuantos alzaron sus entendimientos á la contemplación de los misterios divinos. Conócese al leerlos que su inspiración les viene de una región más alta que el Parnaso y de una fuente de aguas vivas más vigorosas que las de Aretusa é Hipocrene. Guía y mueve sus plumas, no el arte ó impulso humano, ni siquiera aquel sagrado instinto ó furor que, al decir de Platón, había de arrebatar y sacar fuera de sí al poeta si había de producir obras grandes y hermosas, sino un aliento más noble y un como delirio ó transportamiento divino que, lanzándose en ellos, los llena del espíritu de Dios y aviva su fantasía y penetra y transforma sus ingenios de manera que las palabras que salen de sus plumas despiden resplandores que todo lo iluminan, y centellean y levantan llamas por donde quiera que pasan. En verdad, es tal su lenguaje, que á veces no parece de hombres, sino de ángeles, de suerte que en estos escritores se verifica la sospecha de Platón (1) de que «en el lenguaje humano hay palabras tan admirables y hermosas que solamente Dios pudo enseñarlas y revelarlas á los hombres». Á la luz de estas palabras parece que los misterios divinos pierden algo de su oscuridad, y que la majestad terrible de Dios se acerca á nosotros y se nos avecina y humana y como que la vemos en aquellos libros destellando rayos de su claridad y avivándola con su augusta presencia; por manera que si delante de una estatua hermosa Sócrates adoraba la Hermosura, en presencia del espíritu que anima el estilo y el lenguaje de nuestros místicos el hombre adora y se prosterna ante la Divinidad, que vive y resplandece en sus prodigiosos escritos.

¡Ah! Gloríese Grecia con Platón, Proclo y Plotino. Ufánese

---

(1) En el diálogo *Cratilo*, n. XV

Roma con Séneca y Marco Tulio. Envanézcanse las modernas literaturas con Bossuet y Fenelón, con Bártoli y Ségneri, con Herder y Schelling; que los españoles, sin negar el mérito de estos autores y la alteza de sus escritos, reservaremos nuestros amores y el entusiasmo de nuestro corazón para nuestros grandes escritores ascéticos, para Avila y Granada, Fray Luis de León, Alonso Rodríguez, Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y otros ciento; y sobre todos estos entendimientos sublimes, y sobre todos cuantos en todas las lenguas y naciones y literaturas del mundo han escrito de Dios, de sus perfecciones inefables y de sus misericordias para con el hombre, colocaremos á aquella ilustre avilesa, honor eterno de España y gloria perdurable de su sexo, que más que nadie alcanzó de tan sagrados misterios y que supo declararlos con mayor hermosura, sublimidad y dulcedumbre de estilo.

II

Mas el principio de vida que anima el lenguaje de estos escritores trasciende de tal manera los medios que la naturaleza ha puesto en nuestras manos para la declaración de los pensamientos, que no es posible juzgar de ellos por las reglas que nos guían ordinariamente en el juicio que formamos sobre los demás libros ó escritos. Así, dejando aparte estos autores y volviendo á la forma del lenguaje tal como lo sugiere ó inspira la fuerza natural de la inteligencia, es necesario convenir en que la claridad de las ideas, aunque sea fundamento de la propiedad y pureza de una lengua, no basta á darle toda la eficacia de que es capaz.

No hay duda de que la palabra está estrechísimamente relacionada con la idea; pero fácilmente se concederá que no es la

idea misma, ni aun su exacta representación ó imagen. Es una forma extrínseca y material de que nos servimos para expresar el concepto formado en lo más hondo y retirado de la mente; pero que no lo representa en toda su exactitud y realidad, antes le es tan desemejante y apartado como lo es el cuerpo del alma y la materia del espíritu. La idea es enteramente inmaterial é insensible: la forma es sensible y material; aquélla habla y se revela á la inteligencia: ésta se manifiesta y descubre á la actividad de los sentidos; aquélla resplandece con la claridad y evidencia de lo que es puramente inteligible: ésta anda siempre revuelta con las nieblas y oscuridades de la materia, y aunque más se eleve, transforme y transfigure, nunca llega á hermosearse con los resplandores con que se iluminan los conceptos del alma. Así no es de maravillar que las ideas que vienen ó pueden venir á nuestra mente sean innumerables, mientras que las palabras que usamos para declararlas están contenidas en una cantidad determinada de sonidos, inventados para el uso de la humana sociedad, sonidos ó formas expresivas que nosotros hallamos ya hechas, y á las cuales, por fuerza ó de grado, hemos de conformarnos, si queremos vivir y conversar con nuestros semejantes. Por esto cualquiera lengua, aun la más rica, es muy pobre é imperfecta, si se compara con la abundancia de ideas que surgen en nuestro espíritu; es á manera de un instrumento que sólo puede dar un número limitado de sonidos, los cuales, por muchas que sean las combinaciones á que se presten, siempre serán insuficientes á expresar las notas ó modulaciones innumerables que excita en nosotros la fuerza de la mente, movida por el espectáculo del universo.

De esta desproporción entre nuestras ideas y los medios de declararlas, nace la dificultad del lenguaje y del estilo, dificultad que tal vez sea la mayor que ofrece el arte en los varios campos ó regiones donde desenvuelve su actividad. A fin de suplir tal

defecto, y para que la perfección del instrumento llegue á igualar la perfección de la obra que está destinada á ejecutar, debe el hombre trabajar sobre las palabras que están en el uso común, eligiéndolas hábilmente, colocándolas en apropiado lugar, combinándolas unas con otras y disponiéndolas de suerte que se junten y harmonicen entre sí y como que se envíen mutuamente sus resplandores, á fin de que de esta combinación, contraste y reflexión recíproca resulte la idea, forma y expresión de pensamiento que de las palabras solas no podía salir. «No hay triaca, decía un escritor de aquel tiempo (1), como la buena lengua; no hay música como la plática concertada; no hay manzanas de oro en platos de plata que ansí parezcan como las cosas graves de valor, provecho y precio, puestas en estilo casto, limpio y liso.» Mas toda esta hermosura de las palabras y de la lengua y del estilo no les vienen de sí sino del arte y de la industria del hombre.

Para dar á las palabras esta virtud y resplandor de hermosura, la luz ó facultad que nos guía no la hallamos fuera, sino dentro de nosotros mismos, en una cierta disposición ó estimativa natural, en una como voz interior que despierta y aviva nuestra mente y nos señala las palabras que hemos de usar y de qué manera hemos de disponerlas para que, escuchadas ó recibidas por otros, reproduzcan en ellos, en su mente, en su imaginación, en todo el conjunto de sus facultades y con igual perfección y entereza que en nosotros, la idea y el efecto que en nosotros vive y subsiste. Este instinto ó disposición espontánea de la mente, aunque sea la condición indispensable para hacer obras bellas y perfectas, no puede negarse que, por feliz que sea, no basta él solo para alcanzar el colmo de la perfec-

(1) El Dr. Francisco de Ávila en sus *Diálogos en que se trata de quitar su presunción y brío al hombre.*—Impresos en Alcalá, año de 1576.

ción del arte, de la palabra ó estilo, sino que requiere además la disciplina y enseñanza exterior que desenvuelva y perfeccione la fuerza que en sí tiene; es una piedra preciosa que despide destellos y resplandores muy hermosos, pero que necesita del engaste que realce y exagere su valor; es el ramo de oro escondido en el bosque sagrado, salvoconducto para entrar en el alcázar del arte, pero que no exime al que lo posee de guía que le conduzca y le muestre las bellezas encerradas en el misterioso recinto.

Este guía y enseñanza lo tenemos principalmente en la contemplación y estudio de las obras que nos dejaron aquellos eminentes ingenios, en los cuales el Criador estampó más profundamente la huella de su virtud. Hay en las obras de los tales escritores, no sé qué actividad intrínseca, no sé qué poder plástico y formativo, que de tal manera influye en el ánimo del que las contempla, que parece traspasar en él algo de la misteriosa eficacia que á ellos los hizo tan grandes. «Son, como dice Longino (1), á manera de fuentes sagradas, de donde se exhala suavísimo vapor que penetra el alma, no de otra suerte que el que se desprende del antro de Delfos y enajena á la sacerdotisa.» En presencia de las obras ó composiciones de estos ingenios sentimos despertarse en nosotros una secreta harmonía de voces y sonidos, de luces y colores, que nos excita á ejecutar algo grande, algo de que antes no nos sentíamos capaces; y así como Winckelmann, al fijar sus ojos en la gentil apostura del Apolo de Belvedere, advertía que insensiblemente sus miembros iban tomando una actitud digna y respetuosa, así al contemplar las obras de estos escritores maravillosos, nuestras ideas se van instintivamente componiendo y concertando, ennoblécense nuestros sentimientos y todas las facultades de nuestra alma entran en orden y harmoniosa actividad.

---

(1) En el tratado sobre *Lo sublime*, núm. 13.

Tan grandes modelos son de todos los tiempos y de todas las naciones; pues así como el dominio de la belleza se extiende á todo el ámbito de la creación, de manera que no hay cosa, por mínima que parezca, que no participe de este atributo, así no ha habido nación, pueblo ni clase de hombres en la tierra, donde no hayan florecido ingenios insignes, capaces de expresar por modo admirable la hermosura de las cosas. Mas no se puede negar que entre los varios pueblos que se han sucedido en el curso de la historia, ninguno nació con disposiciones tan felices para la creación de las obras artísticas como el de Grecia en tiempo de Pericles, y el de Roma en tiempo de Augusto. Los escritores que florecieron en estas dos edades fueron los favorecidos de las Gracias. Á ellos, y en especial á los griegos, fueron descubiertos los misterios de Venus Urania, principio de la belleza soberana que, traspasando los sentidos, recuerda al alma su origen celeste. Ellos aprendieron de la Divina Euritmia á modelar sus pensamientos y harmonizar sus palabras, hallándose en ellos las facultades templadas con tan dichosa consonancia, que la forma de que revistieron sus pensamientos parece la más bella y rozagante á que puede aspirar el ingenio del hombre. Por esto sus obras han quedado como ejemplares de toda inspiración artística, sana y hermosa; y cuantos pueblos y naciones han aparecido en el teatro del mundo, espantados de la suma beldad que en ellas campea, han tenido á su mayor gloria imitarlas y reproducirlas.

Nunca, ni aun en los siglos más tenebrosos, faltó en España el conocimiento de tan acabados modelos. Mas era muy difícil que este conocimiento diese frutos de obras perfectas de estilo en unos tiempos en que andaban todavía vagas é indecisas las formas del lenguaje, y cuando las inteligencias, enrudecidas con la aspereza de las costumbres, descuidaban los primores del arte, y si alguna sobresalía y se aventajaba á las demás,

resplandecía, como decía un escritor de aquellos tiempos, (1) más por la ***lumbre de la sciencia*** que por el ***florear de la lengua.***

Comenzaron á desvanecerse estas tinieblas por los esfuerzos de aquellos varones ilustres, Antonio de Nebrija, Ginés de Sepúlveda, Núñez Pinciano, Oliver, que en el reinado de los Reyes Católicos y en el siguiente popularizaron el cultivo de las Humanidades, dando á conocer en España los modelos de Roma y de Grecia, y logrando infundir en todos los órdenes de la sociedad tal entusiasmo por la clásica antigüedad, que, al decir de un extranjero contemporáneo (2), «no era tenido por noble el que no era afecto á las letras humanas». Es cierto que este estudio se ciñó al conocimiento de las obras de los autores latinos y griegos más que á aplicar las reglas de su enseñanza al cultivo del patrio idioma y al enriquecimiento de éste con obras bellas y originales; pero aunque imperfecto, el estudio de la antigüedad, al dar á conocer los modelos del arte, fué afinando el gusto y disponiendo las inteligencias al desarrollo que se preparaba.

Y aquí es de advertir una circunstancia especial que desde el renacimiento de las letras clásicas en España distinguió á nuestros humanistas. En nuestra patria, á diferencia de lo que pasaba en otras provincias de Europa, el estudio de la antigüedad anduvo exento de los fanatismos, sensualidades é imitaciones ridículas y pedantescas que, falseando el pensamiento, habían de ahogar la propia inspiración y encerrar el ingenio en círculo infranqueable. La discreción y el buen gusto guiaron á nuestros renacientes. Para ellos la palabra no fué un vestido hecho para sujetar ó aprisionar la idea, sino un traje elegante que debía realzar la natural hermosura del pensamiento. Cul-

---

(1) Fernán Pérez del Pulgar hablando del célebre Alonso de Madrigal, por otro nombre el *Tostado*.

(2) Paulo Jovio en el elogio de Antonio de Nebrija.

tivaron y amaron la forma, pero sin adorar en ella; vieron en sus gracias y contornos un rayo ó vislumbre de la Divinidad, mas no á la Divinidad misma; bebieron del licor generoso, pero sin embriagarse con él ni perder el tino ni la conciencia de su personalidad. Así el célebre Luis Vives (1) se burla graciosamente de un erudito italiano que, como medio muy eficaz para llegar á escribir elegantemente en latín, le había aconsejado que por dos años no leyese más que á Cicerón, como si en los escritos del orador romano estuviese agotada la lengua y la elocuencia latina, y como si las formas de que él usó fueran las únicas á que necesariamente hubiesen de ajustarse todos los ingenios. Tan sana independencia adviértese en casi todos los humanistas españoles de aquella época y aun en la siguiente, dándoles un aire de espontaneidad tan brioso y altivo, que casi se confunde con la insubordinación.

Mas á pesar de tan vivo entusiasmo y de tan sana independencia, no faltaron varones muy doctos que sostuviesen con tenaz porfía que las cosas de importancia habían de escribirse solamente en latín, desdeñándose de usar para ellas la lengua que les era natural, y privándola por consiguiente del aliño y pulidez que hubiera podido recibir de tal aplicación y tratamiento.

Esta preocupación nos parece absurda; pero en el estado en que se hallaba entonces la cultura española, no sólo era natural, sino hasta cierto punto necesaria. Era el latín la lengua sabia por excelencia; la lengua universal de los doctos, la que ponía en mutua comunicación á todas las inteligencias del mundo civilizado, formando de ellos una república literaria que se levantaba y extendía su dominio sobre las demás repúblicas políticas y particulares. En latín se hablaba en todas

(1) Véase el tomo III de las epístolas de Erasmo, ep. 990.

las universidades, en los colegios, en los monasterios, donde quiera que se cultivaban las ciencias y siempre que de estudiar, discutir y ventilar los problemas y resultados de estas ciencias se tratase. En latín se celebraban los actos universitarios, defendiéndose en esta lengua las conclusiones públicas, no sólo de filosofía y teología, sino las de medicina, matemáticas, astronomía y demás ciencias naturales. En latín se escribían los libros de todas éstas ciencias, y gracias á esto corrían por todos los reinos del orbe culto y alcanzaban el aplauso y la notoriedad y el provecho á que eran acreedores. No era extraño, pues, que los mismos hombres que hablaban y escribían continuamente en latín sobre las cosas más graves de su enseñanza creyesen que solamente en latín habían de escribir sobre ellas, aun cuando sus obras pudiesen dirigirse á otro público que no fuese el docto y científico, si bien capaz de entender lo que se escribía en lengua latina, ya que el conocimiento en esta lengua era común á cuantos tenían alguna, aunque levísima, cultura científica. De lo cual provino el persuadirse, como afirmaba Ambrosio de Morales (1), de que «todo lo que era elocuencia y estudio y cuidado de bien decir había de ser para la lengua latina ó griega, sin que tuviera que ver con la nuestra, donde era superfluo todo su esmero, toda su doctrina y trabajo». Y cierto en lo que toca á la lengua latina eran muchos de ellos capaces de demostrar con obras lo que decían con las palabras, como lo prueban los libros de Osorio, Perpiñá, Mariana y otros que en punto á primores y elegancias de latinidad rivalizaron con los Moretos, Lipsios y otros latinistas extranjeros.

Era esta preocupación absurda á todas luces, como se ha di-

---

(1) En el *Discurso sobre la lengua castellana* que precede á las obras del Maestro Hernán Pérez de Oliva.

cho; suponía un desprecio y «una hurañeza, para usar las palabras de uno de los escritores más famosos de aquella edad, el maestro Alejo Venegas (1), tan agra que nunca madura respecto de la lengua materna, como si fuese acanalada de la sentina de Babilonia ó no fuese capaz de cualquiera doctrina ó elocuencia como las otras lenguas», y se oponía además á una de las leyes fundamentales que gobiernan la acción de nuestro espíritu. Porque no hay duda sino que el uso de la lengua latina, fuera de la ventaja de ser lengua común entre las gentes instruídas, podía ser un ejercicio excelente y aun necesario para aclarar las ideas, y adquirir con esto una cierta gravedad, elegancia y grandeza de estilo; por lo cual tenía razón el autor del *Diálogo de la lengua* al decir que la ignorancia de la lengua latina que había habido en España, fué causa muy principal para la negligencia que hubo en escribir bien castellano. El conocimiento de esta lengua era por otra parte necesario para «con ella tener las llaves con que poder abrir sus tesoros y enriquecer la vulgar con sus despojos admirables» como afirmaba Ambrosio de Morales,

> procurando imitar las obras griegas
> y aquella antigua majestad latina (2).

Pero dar á esta lengua tal ventaja, que se desestimase la natural, creyéndola incapaz de expresar las cosas grandes y de importancia, fué error indisculpable. El lenguaje sigue las vicisitudes del pensamiento. Cuando una forma gramatical cambia ó perece, es señal de que la idea y el concepto han cambiado también. Empeñarse en conservarla es violentar la naturaleza de las cosas, poner en contradicción la idea con la forma y luchar contra una corriente que por fuerza nos ha de arrastrar.

---

(1) En el prólogo á las *Obras espirituales de D. Serafino de Fermo*, traducidas por el Licenciado Buenaventura Moyano de Morales.

(2) Cristóbal de Mesa en su epístola á Barahona de Soto.

Esto hubieron de conocerlo antes que nadie los que capitaneaba aquel hermoso movimiento de restauración de los buenos estudios de que se ha hablado, y por esto al cultivo de las letras clásicas juntaron el del patrio idioma, cifrando en la junta ó combinación de ambas literaturas, así como el título de mayor gloria, la felicidad de sus esfuerzos. Así Antonio de Nebrija, al formular los preceptos de la gramática latina, formulaba también los de la castellana y en ello cifraba no escasa parte de su gloria. «Yo, decía en la dedicatoria de su famosa gramática, yo quise echar la primera piedra é hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega é Crates en la latina, los cuales, aunque fueron vencidos de los que después dellos escribieron, á lo menos fué aquella su gloria, é será nuestra que fuimos los primeros inventores de obra tan necesaria.» Y lo que sentía Antonio de Nebrija sentía igualmente otro humanista no menos ilustre que él, el autor de la *Minerva*, el famoso Francisco Sánchez de las Brozas cuando asentaba que «por honra de nuestra lengua (1), cualquier cosa se debe recibir por bien hecha». Y lo propio afirmaban el maestro Oliva, Ambrosio de Morales, Pedro Simón Abril y otros, cuando exhortaban al cultivo de nuestra lengua y á la aplicación de sus bellezas á cosas ó asuntos de general utilidad.

Mas la preocupación era tan general y tan profundamente arraigada que no bastaron para triunfar de ella los esfuerzos de tan ilustres maestros, sino que fué necesario que viniesen en su ayuda los de otros no menos autorizados que ellos y que al par que en las letras humanas fuesen doctos en las filosóficas y divinas y que sentían además profundo amor á nuestras cosas y á las ideas ranciamente españolas, cuyo símbolo más hermoso y significativo es la lengua de que nos servimos.

---

(1) Véase el *Epistolario español* de Ochoa, t. II, pág. 31.

Además de los escritores ya citados, conviene aducir algunos más y aun copiar parte de lo que escribieron, siquiera sea con excusable prolijidad, ya por la gravedad de sus palabras, ya porque en éstas se contienen las ideas más claras, más precisas y exactas que han de guiar la mente en este linaje de investigaciones.

El Maestro Ambrosio de Morales, hablando contra esta preocupación, escribía: (1).

«Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua castellana, que siendo igual con todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo desto á muchas ventaja, por culpa ó negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco que ha perdido mucho de su valor; y aun pudiérase esto sufrir ó disimular si no hubiera venido á tanto menosprecio que basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada. Para mí es un pesar el descuido que los españoles tenemos en esta parte, de no preciarnos de nuestra lengua, y así honrarla y enriquecerla, antes tratarla con menosprecio y vituperio.»

Años adelante el elegante escritor Fr. Pedro de la Vega, en su proemio á la *Explicación de los Salmos penitenciales*, decía: «Bien me imagino yo que no faltarán algunos que nos acusen el escribirse este libro en romance, pareciéndoles que en latín granjeara más autoridad á su autor y las cosas que trata no se hicieran comunes á todos, sino á gente de letras y predicadores. Esta queja puede tener color en la boca solamente de aquellos que encontraren en este libro estudios y cosas suyas, y de los tales soy yo contento de ser reprendido, porque en alguna manera recibirán agravio haciéndose común y vulgar lo que ellos tienen por fruto particular de sus trabajos y firmán-

(1) En el discurso ya citado.

dose otro por dueño del tesoro que ellos carecen. Pero los demás acuérdense que de antemano en su Evangelio el Padre de familias soberano condenó por injusta la murmuración de los que se quejan porque se da á otros lo que á ellos no se debe; luego los que no hallaren hacienda suya en mis manos, no deben querer atármelas para que yo no pueda comunicar á todos lo que no quito de su casa. Á nadie obligó jamás ninguna república que de sus bienes gananciales fundase mayorazgo ó hiciese vínculo que usar en unos y no otros. Y cuanto á lo que toca á crédito, bien se sabe que, sin agravio de nadie, puede cada uno renunciar á su derecho.»

Fr. Cristóbal de Fonseca, autor celebrado de la *Vida de Cristo* y de aquel tratado del *Amor de Dios*, donde, según Cervantes (1), «se cifra todo cuanto el más ingenioso acertare á desear» en tal materia, escribe á nuestro propósito lo siguiente: «Últimamente quiero responder á los que murmuran de la elegancia y arte del bien decir, no porque yo me escriba en la matrícula de los que alcanzaron eso, que antes, huyendo la hinchazón y soberbia en las palabras, he procurado seguir una llaneza no bárbara, sino porque hay hombres que con un celo aparente, aunque no santo, como el que quiere cazar fieras se viste de sus pellejos, así el que quiere cazar necios groseros se viste de la grosería y necedad y condena la elegancia. Pero yerra, porque los santos, que son los espejos en que nos hemos de mirar y las reglas con que hemos de nivelar nuestras acciones, escribieron con tanta gala que los Tulios y los Demóstenes no les hicieron ventaja, y en San Cipriano y en San Jerónimo y en otros santos se hallarán cláusulas que, juzgadas por las leyes de la Retórica, por la demasía de la elocuencia casi parecen viciosas.»

(1) Prólogo al *Ingenioso Hidalgo*.

Á estas vindicaciones del honor del patrio lenguaje unía su autorizada voz el célebre autor del tratado sobre *La Magdalena*, Fr. Pedro Malon de Chaide, cuando, hablando de la perfección y dignidad de que debe estar adornada la lengua castellana, escribia:

«Ésta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso.» «No se puede sufrir, añadía, que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. Pues cómo, ¿tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla?». Y encendido en entusiasmo patriótico, exclamaba: «Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que lo tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello».

Movido por el celo que tenía á nuestra lengua, confiaba el P. Malon de Chaide, «en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria, que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las obras curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección sin que tenga envidia á alguna de las del mundo y tan extendida cuanto están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo: de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos como lo habemos hecho en lo de las armas. Hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores los que somos los primeros en dar la mano á nuestro lenguaje postrado».

Mas el que se levantó con más denuedo contra esta aberración, dando no solamente las razones que la reprobaban y confundían, sino señalando con el más ilustre y eficaz ejemplo el camino que debía seguirse para acabar con ella y honrar y cultivar y engrandecer nuestra lengua de suerte diese al mundo obras que la granjeasen gloriosa inmortalidad, fué aquel insigne varón, ornamento de España y de su siglo, el eximio Fr. Luis de León. No hay que repetir aquí los méritos, las virtudes, las alternativas de gloria y deshonor por que pasó este varón insigne, á quien «persiguió la envidia para descubrirle sus quilates y hacerle salir con el mayor triunfo y honra que jamás se ha visto en la revuelta confusión de las pasiones humanas», como dijo uno de sus contemporáneos (1). Pero sí conviene advertir que en la furiosa persecución que se levantó contra él, en el horror, privaciones y miserias del encarcelamiento, el cultivo de nuestra lengua y el escribir en ella el libro de *Los Nombres de Cristo* fué, después de los divinos, el consuelo mayor y el lenitivo más eficaz de su desgracia.

En este libro admirable hizo Fr. Luis de León la más bella apología de nuestra lengua; allí dejó escrito lo que pensaba sobre el arte del estilo; allí contestó cumplidamente á los que llevaban á mal que escribiese de materias teológicas en habla vulgar, diciendo que «no pensasen, porque veían romance, que era de poca estima lo que se decía; mas al revés, viendo lo que se decía, juzgasen que podía ser de mucha estima lo que se escribía en romance y no despreciasen por la lengua las cosas, sino por ellas estimasen la lengua»; que «una cosa era la forma del decir y otra la lengua en que lo que se escribía se decía»; que «las palabras no eran graves por ser latinas, sino por

(1) El autor de su elogio en el *Libro de la descripción de retratos de Francisco Pacheco.*

ser dichas como á la gravedad le convenia ó sean españolas ó sean francesas»; que «si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, era grandísimo error». Allí, finalmente, hizo de sí propio esta ingénua confesión: «Yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario; el cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en la parte que le falta con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.»

Estas voces, muy elocuentes y eficaces sin duda, no dejaron de producir en gran parte del público á quien se dirigían los efectos que anhelaban sus autores; mas no lograron reunir, no ya á todos los ingenios de España, pero ni á gran número de ellos, en una empresa ó acción común que lograse de todo punto el fin práctico que se proponían. No así la que salió de entre aquel grupo de literatos que, por los años de 1580, se reunieron en Sevilla alrededor del famoso Hernando de Herrera, ingenios eminentes en todos los órdenes de la actividad humana, poetas, historiadores, pintores que habían de ser famosísimos, los cuales en el libro de las *Notas á las Églogas de Garcilaso de la Vega* (1) dieron á luz su manifiesto ó pregón general, llamando á los ingenios de España al estudio de su lengua

(1) El título de esta obra es como sigue: OBRAS DE GARCILASSO DE LA VEGA CON ANOTACIONES DE FERNANDO DE HERRERA, AL ILUSTRÍSSIMO I ECELENTÍSSIMO SEÑOR DON ANTONIO DE GUZMAN, MARQUES DE AYAMONTE, GOVERNADOR DEL ESTADO DE MILAN Y CAPITAN GENERAL DE ITALIA.—EN SEVILLA POR ALONSO DE LA BARRERA, AÑO DE 1580.

y á levantarla á la alteza de perfección de que era capaz.

Autor directa y personalmente responsable de este manifiesto aparece un escritor hoy generalmente poco conocido, pero que sin duda fué juzgado por sus contemporáneos por uno de los mayores ingenios que tuvo aquella edad, que los tuvo tan grandes. Fué éste el maestro Francisco de Medina, de quien dice uno de sus contemporáneos (1) que «igualó á los príncipes de la elocuencia, Cicerón y Demóstenes, no sólo en la pureza y propiedad de la lengua y fuerza oratoria, sino en la grandeza de su ingenio y en su erudición y doctrina»; «tuvo, añade, destreza admirable en razonar y explicarse, usando de las mejores y propias voces que conoció nuestra lengua, aventajándose á los más cultos de su tiempo, así cuando hablaba de pensado como en lo que la ocasión le ofrecía, dando siempre en lo mejor con términos tan del arte qué trataba, que parece que precedía á cada palabra meditación atenta».

Este elogio es grande ciertamente, pero inmerecido, á juzgar por el prólogo que escribió á las *Notas* sobredichas, que es el manifiesto de que estamos hablando y que es también casi lo único que nos ha quedado de los escritos de varon tan preclaro. Pocas cosas hay en castellano escritas con tanto calor de ánimo y con elocuencia tan varonil como este prólogo. De él decía el Licenciado Juan de Robles (2) que tenía «tantos diamantes como dicciones», y el ilustre D. Marcelino Menéndez y Pelayo (3) no ha tenido reparo en asegurar que «por la pompa y harmonía de las cláusulas y por lo magnánimo de las ideas es, sin duda, el trozo más elocuente que ha salido de manos de

(1) El autor de su elogio en el *Libro de descripción de los retratos* de *Francisco Pacheco*.
(2) En *El Culto sevillano*, diálogo 1.º
(3) D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, t II, vol. II, pág. 390.

ningún crítico español», y cierto uno y otro escritor no andan exagerados al ponderar este escrito.

Inflamado el maestro Francisco de Medina en patriótico ardor y desatando, según la expresión de Cervantes,

> **Los ríos de elocuencia que del pecho**
> **del grave antiguo Cicerón salieron,**

no acaba de maravillarse de que «habiendo sido natural pretensión de las gentes vencedoras procurar extender el uso de sus lenguas al igual de los términos de sus imperios y levantarlas á la cumbre de la perfeccion con la pujanza del imperio, los españoles hayan sido tan flojos que, habiendo domado con singular fortaleza y prudencia casi divina el orgullo de las más poderosas naciones y levantado la majestad del reino de España á la mayor altura que jamás alcanzaron fuerzas humanas, descuidan el pulir y perfeccionar su lengua», descuido que aparece tanto más grave, dice, cuanto «nos ha cabido en suerte un habla tan propia en la significación, tan copiosa en los vocablos, tan suave en la pronunciación y tan blanda para doblarla á cualquier parte que más quisiéremos.»

Á cuatro causas atribuye el insigne escritor el no haber logrado la lengua castellana la perfección que para ella anhela, es á saber: la dificultad que tiene en sí cosa de tanta importancia como es ésta; la ignorancia de las doctrinas cuyo oficio es ilustrar el entendimiento y adornar pulidamente las razones con que declaramos los pensamientos del alma; el depravado parecer que se arraigó en los ánimos de algunos hombres doctos, los cuales, cuanto más lo eran, tanto juzgaban á mayor bajeza hablar y escribir la lengua común, y, finalmente, el haber habido en España muy pocos autores que como caudillos guiasen á los demás «por medio de la aspereza de aquesta barbaria».

Sin duda alguna el maestro Medina pinta con colores demasiado vivos el abatimiento en que supone á la lengua castellana, y no menos exagera la escasez de libros bien escritos que poseía en aquel tiempo nuestra literatura, hasta el punto de no parecerle ninguno perfecto, sino las obras de Garcilaso de la Vega, atreviéndose á decir de Fr. Luis de Granada (á quien llama, aun viviendo Fr. Luis, «honra de Andalucía y maestro incomparable de discreción y santidad») que «arrebatado en la contemplación de las cosas celestiales, tal vez desprecia las del suelo, y en sus descuidos procura dar á entender cuán poca necesidad tiene la bondad y la eficacia de la cristiana doctrina del aparato de las disciplinas humanas». Sería ciertamente curioso saber las razones en que se fundaba el maestro Medina para hablar, como lo hace, de Fr. Luis de Granada. Cierto no pensaba así otro maestro de tanta autoridad como él por lo menos, el docto Ambrosio de Morales, que decía de Fr. Luis (1) que había hablado «de las cosas celestiales con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada en esto para mayor acertamiento».

Mas descartando este error del maestro Medina, en todo lo demás tiene razón que le sobra. Su voz es la voz de la discreción y del buen gusto. Su elocuencia es tan persuasiva y arrebatadora que no hay forma de resistir á ella; sus palabras se imprimen en el alma con caracteres indelebles, de suerte que no hay español que no sienta inflamársele el pecho al leer aquellas cláusulas admirables, en las cuales pondera la elegancia y grandeza y primor de nuestra lengua, y recomienda la necesidad de los estudios ó disciplinas que pueden conducir á granjearle mayor perfección ó hermosura.

---

(1) En el prólogo ya citado á las obras del maestro Pérez de Oliva.

De la ignorancia de estas disciplinas nacieron, según el maestro Francisco de Medina, los vicios que afeaban entonces el habla castellana; los cuales, dice, «se han endurecido tanto con los años que apenas se pueden arrancar del uso, y si alguno lo intenta es aborrecido y vituperado como hombre arrogante que, dejando el camino real que hallaron nuestros pasados, sigue nuevas sendas, llenas de aspereza y peligros, como si la conformidad con la muchedumbre, guiada por su antojo sin ley ni razón, debiese ser regla inviolable de nuestros consejos». Vencidas y quitadas estas causas, espera el maestro Medina que el lenguaje castellano se acendrará y purificará con la lumbre del arte, «que es guía más cierto que la naturaleza». Y entregándose á la esperanza de que por los esfuerzos de los cultivadores de los buenos estudios, afirma que «se comenzará á descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua, y todos encendidos en sus amores la sacaremos del poder de los bárbaros»; «encogeráse, añade, de hoy más la arrogancia y presunción de los vulgares que, engañados con falsa persuasión de su aviso, osaban recuestar atrevidamente esta matrona honestísima; incitaránse luego los buenos ingenios á esta competencia de gloria y veremos extendida la majestad del lenguaje español, adornada de nueva y admirable pompa, hasta las provincias donde victoriosamente penetraron las banderas de nuestros ejércitos».

Jamás se vió esperanza más de todo en todo realizada que esta «nueva y admirable pompa» que el escritor sevillano auguraba para «la majestad» del lenguaje español.

Fueron los primeros en procurársela aquellos cuyo ingenio llama Platón cosa etérea y alada, digo, los cultivadores del arte milagroso de la poesía, cuyo fin es embellecer los pensamientos con la lindeza de las palabras y aderezarlos con formas nuevas y elocuentes, «abriendo de esta manera camino,

según enseña Cervantes (1), para que los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua, entiendan que tienen campo abierto, fácil y espacioso por el cual puedan correr con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia».

Años antes que sonase á orillas del Betis la voz vengadora de la cultura de nuestra lengua, el ilustre Garcilaso de la Vega,

tomando ahora la espada, ahora la pluma,

había escrito aquellos poemas dulcísimos en que el habla castellana ostenta su fluidez y gallardía en tanto grado que hacen verdadero el dicho del ya citado maestro Medina (2), es á saber, que «la lengua de Garcilaso será la lengua que escogerán las Musas siempre que hubieren de hablar castellano». Pero el ensayo ó esfuerzo del poeta toledano, como los de otros muchos, no tuvo las consecuencias que naturalmente había de tener. Sus versos si despertaron la admiración, no lograron formar escuela. Fueron como aquellos astros hermosos por su brillo, pero que vagan solitarios por los espacios celestes.

No así aquel poeta insigne á quien la escuela sevillana reconocía y acataba por adalid y á quien seguían los ingenios más floridos de la Andalucía, guiados y enardecidos por los consesejos del maestro Francisco de Medina. Rara vez ha habido escritor que tuviese más títulos para ser cabeza de escuela, y rara vez ha habido discípulos que con tanto entusiasmo siguiesen las enseñanzas de su maestro. Dotado de gallardo entendimiento, no menos que de costumbres honestísimas, Hernando de Herrera pudo aspirar á los cargos más honrosos y brillar en cualquier

(1) En el prólogo á *La Galatea.*

(2) El maestro Francisco de Medina en el prólogo á las *Notas* de Herrera á Garcilaso.

carrera que emprendiese; pero, llevado de la fuerza de la naturaleza, tomó por ocupación principal de su vida el estudio de las letras humanas, enamorándose de ellas en tanto extremo que, como dicen de él sus contemporáneos, «después de leer los más libros que se habían escrito en romance, quiso aprovecharse de las lenguas extranjeras, así modernas como antiguas, para el fin de levantar y hermosear la propia castellana» (1).

Tenía altísimo concepto de grandeza y majestad de la lengua castellana. «Es la nuestra, dice, grave, religiosa, honesta, magnífica, suave, tierna, afectuosísima y llena de sentimientos, y tan copiosa y abundante que ninguna otra puede gloriarse desta riqueza y fertilidad más justamente; no sufre ni permite vocablos extraños y bajos ni regalos lascivos; es más recatada y observante que ninguna; tiene autoridad para osar innovar alguna cosa con libertad, porque ni corta ni añade sílabas á las dicciones ni trueca ni altera formas, antes toda entera y perpetua muestra su castidad y cultura y admirable grandeza y espíritu con que excede sin proporción á todas las vulgares, y en la facilidad y dulzura de su pronunciación.» Y en virtud de esta idea que tenía de la lengua de que había de usar no se satisfacía con elegir para el fin de enaltecerla lo extremado que admiraba en las demás, sino que buscaba y procuraba con el entendimiento, como él decía, «modos nuevos y llenos de hermosura». Siguiendo las enseñanzas de Medina, que largamente hemos referido, «no piense alguno, añadía Hernando de Herrera (2), que está el lenguaje español en su última perfección y que ya no se puede hallar más ornato y variedad», como quiera que, «en tanto que vive una lengua y se trata, no se puede decir que ha hecho curso, porque siempre se alienta

(1) El autor de su elogio en el *Libro de la descripción de retratos de Francisco Pacheco.*

(2) En las *Notas* á las obras de Garcilaso de la Vega, p. 294.

á pasar y dejar atrás lo que antes era estimado». Y encarándose con los que pretendían condenar por su propio juicio lo que les parecía digno de censura, sin tener cuenta con la movilidad y perpetuo crecimiento del lenguaje, exclamaba (1): «¿Qué ley tan estrecha es esta que quieren que se guarde con tanta religión? Tiranía es intolerable la que nos obliga á conservar estos advertimientos, nacidos, no de razón ó causa alguna, sino de sola presunción y arrogancia de su ingenio. No se persuadan á creer con lisonja que solos ellos poseen las inmensas riquezas del lenguaje español. Porque no es este ya el tiempo en que se ocupaba la admiración de los hombres con cualquiera cosa. Ya osamos navegar el anchísimo Océano y descubrir los tesoros de que estuvieron ajenos nuestros padres. Enderezando el curso al clarísimo Septentrión, podemos pasar y vencer dichosamente mayores peligros y tempestades que los antiguos argonautas».

Atenido á estos principios, que parecen copiados de un tratado de Filología moderna, pasó Herrera su vida en pulir y hermosear la lengua castellana, aquilatando sus frases y modos de decir, vistiéndola y adornándola con galas lucidísimas y aun poniendo miramiento especial en la ortografía, en la cual introdujo novedades que no carecen de importancia. Es cierto que su estilo se resiente todavía de aspereza y bronquedad, y que le falta aquella limpieza, claridad y harmonía que había de adquirir más adelante en las plumas de Lope de Vega y de Cervantes; pero en lo que toca á la magnificencia del lenguaje, robustez de estilo y osadía para inventar palabras y giros nuevos, nadie ha ganado al cantor de la batalla de Lepanto. «Honor de la lengua castellana y su Colón primero» (2) le llamaba Lope de Vega, autoridad suprema en esta materia, y hablando

(1) Página 569.
(2) En la dedicatoria á la comedia *La viuda valenciana*.

de sí propio confesaba (1): «Nunca se aparta de mis ojos Hernando de Herrera». «Esta es elegancia, esta es blandura y hermosura digna de imitarse», repetía al citar versos del gran poeta; y después de copiar aquella soberbia estrofa en que el vate sevillano representa al Betis alzando la venerable barba, revestida de verde musgo, removiendo el movible cristal de la sombrosa gruta y cubriendo la undosa ribera tapizada de perlas, púrpura y esmeraldas, exclama henchido de patriótico alborozo: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra; perdonen la griega y la latina».

El ejemplo de Herrera, como queda indicado, no fué perdido ni sin consecuencias; su voz no resonaba en el desierto, sino en medio de muchedumbres dispuestas á escuchar sus consejos, y que, estimuladas por ambición nobilísima, iban á enaltecer los blasones literarios de nuestra nación y perpetuarlos en monumentos que vivirán mientras viva la lengua castellana.

La capital de Andalucía fué el teatro principal de sus heróicos esfuerzos. Allí, vivificados por los rayos de aquel sol hermosísimo, á la sombra de los naranjos y de los limoneros, embriagados por los aromas que perennalmente se desprenden de la tierra feracísima, y halagados por el rumor de las fuentes que saltan bulliciosas en los alegres patios, los espíritus de estos poetas ilustres se abrieron á la contemplación de la belleza ideal que reluce en las cosas, y henchidos del más generoso entusiasmo, la cantaron en versos magníficos, traspasando á las creaciones de su fantasía, á sus canciones, á sus odas y romances, toda la brillantez de colorido y la pompa y exuberancia de vida que veían desenvolverse en la naturaleza que los rodeaba. Allí Gutierre de Cetina exhalaba en versos dulcísimos la expresión de los afectos más delicados. Allí Francisco de Me-

(1) En el *Papel sobre la nueva poesía.*

drano, imitador feliz del vate de Venusa, realzaba en correctísimas estrofas las grandezas y las vanidades del hombre. Allí el noble Arguijo ostentaba en fáciles sonetos una grandilocuencia que suspende la imaginación y arrebata y transporta el entendimiento. Allí el festivo Alcázar derramaba á manos llenas la gracia y el donaire, y enriquecía el hablar común con epigramas sazonadísimos, tan delicados como los de Catulo y más limpios y honestos que los de Marcial. Allí Pacheco, Quirós, Salinas, Mosquera y otros mil ilustraban en poesías admirables la dulzura y la majestad de la lengua castellana, y á porfía la adornaban y engrandecían.

La chispa del entusiasmo poético, que tan vivas llamas había levantado en los ingenios sevillanos, prendió muy pronto en otras partes. Granada, la ciudad de las tradiciones y leyendas, asiento predilecto del arte, y donde el espectáculo de la naturaleza, los esplendores de su cielo y los monumentos de su historia hablan de continuo á la imaginación y la avivan y enardecen, vió florecer aquella su famosa escuela, inspiradora de los romances moriscos, y en Gregorio Silvestre, Gonzalo de Berrío, Barahona de Soto, Tejada Páez, y otros ciento inflamarse el estro poético hasta emular la gloria de Virgilio y de Horacio y eclipsar los versos suavísimos del cantor de Laura. Antequera presentaba en Pedro de Espinosa un modelo insuperable de pureza de estilo y de fantasía vivísima y apasionada. Córdoba ofrecía en Pablo de Céspedes un émulo de Miguel Angel en la cuádruple corona de pintor, escultor, arquitecto y valentísimo poeta. Salamanca saludaba en el maestro Fr. Luis de León la gloria más alta de la poesía española y el vencedor de la clásica antigüedad. Valencia se ufanaba con el insigne Francisco de Aldana y Rey de Artieda; Zaragoza, con los hermanos Argensolas; Ronda, con Vicente Espinel; Guadix, con Mira de Mescua, y, en fin, no hubo provincia, ciudad ó pueblo

que no encerrase en su seno algún amante celoso de las musas. Versos hacía el militar en medio del estruendo y del continuo sonar de trompas y clarines; versos, el hacendado entretenido en sus trabajos y faenas; versos, el religioso en el retiro de la soledad; versos, el caballero en sus cuitas y afanes; versos, la gentil señora en su tranquilo recogimiento. En toda España resonaba sin interrupción la voz de las Musas, menudeando de todas partes epístolas y canciones, romances y sonetos, epigramas y madrigales.

¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que, tranquila el alma y ajena de pasiones que miserablemente la envilecen ó infiernan, podía entregarse sin cuidado á las dulces artes de la paz y al cultivo de las más bellas facultades con que plugo á Dios enriquecer á nuestra naturaleza! ¡Feliz ocupacion la de aquellos varones ilustres que, á vueltas de los negocios más arduos y de las más difíciles especulaciones del entendimiento entreveraban el ameno cultivo de las letras y el suavísimo solaz de la poesía! Hermoso descanso el de aquellos que, después de recorrer las bellísimas florestas de Italia ó de vuelta de las brumas de Flandes ó de las encantadoras regiones de las Indias en las cuales habían derramado su sangre por el honor de la patria, tornaban alegres á sus hogares, y allí, rodeados de su familia, abastecida la mesa de amable paz, con un libro y un amigo, renovaban sus estudios juveniles y buscaban en el cultivo del arte vagar y honesta diversion á sus inteligencias. Así ennoblecían su imaginacion y hermoseaban sus sentimientos, y con la acertada compostura de las palabras, con el resplandor de las figuras, con las luces y adornos de las argentadas frases, granjeaban majestad y belleza á los conceptos, gala y primor á su estilo y perfección extraordinaria á la lengua, á la cual preparaban para recibir su mayor grandeza y su más hermosa y resplandeciente claridad.

Siempre fué la poesía la forma en que el arte del bien decir comenzó á alcanzar su perfección y hermosura. Lo mismo en Grecia que en Italia, lo mismo en las naciones y literaturas antiguas que en las modernas la forma poética fué la primera en donde logró el arte de la palabra sus primeros triunfos; pero no se puede negar que el campo donde logró su mayor realce y grandeza, y donde venció mayores dificultades y puso en alarde sus más preciadas riquezas, no fué la poesía, sino la prosa. Ocultas en la harmonía resonante del verso, pasan por alto faltas de lenguaje y de estilo que no pueden menos de descubrirse en la desnudez del hablar sencillo y desatado El arte, además, parece que se esconde y pierde con el ruido sonoroso de la versificacion. En la prosa, en fin, campea el ingenio con más desembarazo y gallardía, y suelto de las trabas ó violencias que imponen la estructura del metro y la consonancia de la rima, puede dar á sus conceptos una forma más apropiada y hermosa, y á su razonamiento toda la libertad que pide la naturaleza de las cosas para ser realzadas cual conviene. Y como esta misma desenvoltura y libertad le exponen más al peligro de traspasar las reglas impuestas por la sabiduría de la razón y por las leyes del buen gusto, el es cribir bien y hermosamente en prosa, y el triunfar de tantas dificultades como trae consigo este arte supone dotes más excelentes de entendimiento, discreción y sabiduría que no el arte de hacer versos. Nada es en efecto más fácil que el persuadirse de que escribir bien en prosa es cosa llana y que no puede ofrecer dificultad, antes se dan muchos á pensar que, como todo el mundo habla en prosa, hay que escribirla como la habla todo el mundo, sin diferenciar lo que va de la naturaleza al arte, y no considerando que si el arte imita á la naturaleza es para embellecerla y realzarla con esta imitación. Finalmente, por lo que toca á nuestra lengua es esta tan magnífica de suyo y tan espléndida y sonora, que, á

vueltas del verso, se esconden fácilmente ideas baladíes y aun torcidas y erróneas, cosa que no es tan fácil en la franca luz de la prosa. Así vemos que versos bellos, elegantes y harmoniosos los han hecho millares en España; lo que ha escaseado siempre entre nosotros han sido buenos prosadores, dotados de estilo propio, correcto y bien formado, y que hayan puesto en su lenguaje aquel artificio que es triunfo supremo del arte y prenda de gloriosa inmortalidad.

Este artificio no se consigue sin grandes trabajos y afanes. Así los escritores á quienes el juicio de la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, sintiendo esta dificultad de realzar y ennoblecer el hablar común, se dieron al trabajo de pulirlo y hermosearlo no cansándose de corregir y de enmendar y no dejando la pluma sino con el pesar de no haber podido comunicar á sus escritos aquel punto de perfección que entreveían en su mente. Conocían que lo bueno cuesta mucho; que lo bello, segun Platón, es difícil; que la bondad y duración de las obras de arte, generalmente hablando, están en proporción con el trabajo y tiempo que ha costado el llevarlas á su artística perfección, y, en fin, que solamente

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento
Do nunca llega quien de allí declina.

Así Platón, á los ochenta años de edad, corrige aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el *de la República*, variado hasta de veinte maneras. Pascal trabaja tanto su estilo, que cambia hasta ocho y diez veces un pensamiento, cuya primera forma á cualquiera hubiera parecido inmejorable. Buffón hace tantas correcciones á su libro sobre *las Épocas de la Naturaleza*, que tiene necesi-

dad de copiarlo hasta once veces. Manzoni se está quince años corrigiendo su novela inmortal *I promessi sposi;* y así otros muchos que sería fácil citar. Y para traer un ejemplo de nuestra patria, un ingenio maravilloso á quien conocieron muchos de los que aun viven y que fué honor de la Academia española, el insigne Adelardo López de Ayala, pasa doce horas, repartidas en cuatro días, escribiendo y borrando y desborrando y volviendo á escribir para hacer una descripción de pocas páginas, tan sencilla y natural, que parece sacada de un rasgo de pluma. Tales fueron las dificultades que hallaron escritores ilustres para dar á la expresión de sus pensamientos aquella forma hermosa, apropiada, única que convenía á la naturaleza y circunstancias de las cosas que querían expresar; así concibieron el fin del arte y el respeto que debe el hombre al resplandor de la Divinidad que brilla en la hermosura de las cosas, y los esfuerzos que tiene que hacer para traspasarlo puro y no contaminado á las creaciones de su mente.

No pensaron de otra suerte los escritores que en la edad más gloriosa de nuestra literatura levantaron la lengua castellana á su mayor punto de perfección y encumbramiento. «Ríete de poeta que no borra, decía Lope de Vega en boca de uno de los personajes de *La Dorotea,* y trae el caso de un escritor que, respondiendo á un príncipe que le preguntaba cómo componía, le dió la contestación en los versos siguientes:

—¿Cómo compones?—Leyendo,
y lo que leo imitando,
y lo que imito escribiendo,
y lo que escribo borrando,
de lo borrado escogiendo.»

Y lo que decía Lope de Vega del verso tiene igualmente lugar en la prosa. «La prosa, cuando se habla ó escribe como

conviene, decía el famoso Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa (1), mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.» Y cuanto son mayores las dificultades de este artificio, tanto con mayor empeño se esforzaban á vencerlas los buenos escritores. «¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» exclamaba con ingenua sencillez el P. Ribadeneira; el cual, así como el ilustre Manzoni consultaba sus dudas sobre la pureza de la lengua toscana con una criada que á propósito se había hecho traer de Florencia, así nuestro autor preguntaba á las gentes sencillas sobre las frases y modos de decir castellanos, ateniéndose fácilmente á su consejo.

Mas nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo y sus ventajas y dificultades como aquel divino Fr. Luis de León, el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España, y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio que hubo en su tiempo, al decir de uno de sus contemporáneos (2), con el sentimiento más vivo de la belleza de la naturaleza y del arte y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual, respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la llaneza del hablar común, poniendo concierto en sus palabras y escogiéndolas y dándoles su lugar para que resaltase más su natural hermosura, les advierte (3) que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y

(1) En el *Pasajero*, Alivio II, fol. 48, edición de 1618.

(2) El autor del elogio que acompaña al retrato de Fray Luis en el célebre *Libro de retratos* de Pacheco.

(3) Al principio del libro III de *Los Nombres de Cristo*.

las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con harmonía y dulzura». Palabras que debieran estar de continuo en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte, y á la gloria que se adquiere con el uso propio, correcto y elegante de la lengua castellana. Y tal como lo enseñaba así lo hacía y practicaba aquel ingenio prodigioso, habiéndonos dejado en sus obras, como dice D. Francisco de Quevedo, «el singular ornamento y el mayor blasón del habla castellana», y en quien está, como advertía Fr. Pedro Malón de Chaide, «el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear»; libros, en fin, que á mi juicio son los más á propósito para formar y perfeccionar el estilo, y que debían traer en las manos y tener siempre ante los ojos y leer y releer una y otra vez cuantos desean realzar la grandeza y la majestad del lenguaje español y conocer la riqueza que tiene de luces y flores y galas y modos de decir para usarlos convenientemente.

Emulando esta gloria y grandeza, y deseosos de ilustrar y aderezar nuestra habla con todas las galas y primores de que la consideraban capaz, los buenos escritores de nuestra edad dorada principiaron por el buen escogimiento de las palabras, desechando las que por su mal sonido ó por la bajeza del concepto que envolvían, ó por la aplicación depravada que hacía de ellas el vulgo, podían envilecer ó abatir el estilo, y adoptando las que, siendo de solar noble y conocido, podían ilustrarlo y engrandecerlo. De esta cultura y pulimento provino el purificarse y aquilatarse y como fundirse de nuevo nuestra lengua castellana, de tal manera, que casi todas las palabras que aquellos escritores reprobaron ó desecharon, han quedado definitivamente desechadas y reprobadas; y casi todas las que usaron ó introdujeron, perseveran hoy en el uso común y con la propia significación y forma de en-

tonces, aunque no con igual hermosura, viveza y gallardía.

Esta purificación y aquilatación era el fundamento sobre que había de asentarse el adorno conveniente de nuestra lengua, así como la buena disposición del cuerpo es la condición indispensable para que asienten y resplandezcan en él las preseas con que se quiere engalanarle. Después de haber purificado y acrisolado el tesoro de las palabras y alcanzado con esto la propiedad y sinceridad del lenguaje, nuestros grandes escritores atendieron á su orden y colocación, fiando en ella la mejor prenda de su hermosura y el esplendor de su elegancia y gentileza; y en la serie y combinación de los vocablos, en el uso de las partículas, en la aplicación de los epítetos y calificativos, en la trabazón y buena correspondencia de las cláusulas, en la amplitud, variedad y harmonía de los períodos, buscaron el mayor lustre y el más esplendoroso acrecentamiento que puede recibir el estilo.

Cuán felizmente lo consiguieron, y en qué alteza de perfección lograron levantar la lengua por estos medios, no hay términos con que declararlo ni encarecerlo. La vivísima fantasía española, inflamada por el amor de la ideal belleza, la traspasó á las palabras con acierto y discreción admirables; y en la claridad y concisión de la frase, en la copia de luces y matices, en la suavidad y dulzura de la oración, en la variedad, belleza y resplandor de los conceptos hizo alarde de tales riquezas, de tal manera sacó á luz las fuerzas que en sí encerraba nuestra lengua, y á tal punto de perfección y hermosura la levantó, que parece imposible que la prosa castellana llegue á tener jamás la majestad, belleza y gallardía que alcanzó en aquella edad gloriosísima. Grave, severa, y con una fuerza de elocuencia y persuasión maravillosa en Avila, Granada, Estella, Zárate, y en general en todos los ascéticos; vivacísima y espléndidamente colorida en Fr. Luis de León, Malón de Chaide,

Márquez; suavísima y encantadora en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; briosa y llena de originalidad en Sigüenza, Antonio Pérez, Mariana, Quevedo; correcta y esmerada en La Palma, Martín de Roa y Bernardino de Villegas; harmoniosa y flexible en Cervantes, Lope de Vega, Espinel, y en todos los novelistas; nuestra lengua recorrió toda la escala ó grados de perfección en que puede engrandecerse la palabra humana, y en todos ofreció ejemplos ó dechados que serán eternamente dignos de admiración y estudio.

En tan grande riqueza de luz y en tan bella harmonía de tonos y sonidos hay una nota que sobresale y señorea y da fisonomía ó carácter especial á estos escritores, distinguiéndolos no sólo de los que florecieron en España antes y después de ellos, sino también de todos los que han florecido en los demás pueblos ó naciones de la tierra, y esta nota es la espontaneidad, la franqueza, la sinceridad y calor de vida que los anima y penetra. En esto se parece el estilo de nuestros escritores al de los que profesaron en España el arte de la pintura, siendo maravilloso el contraste de semejanza que resulta de comparar á Ávila, Granada, Fr. Luis de León, Lope de Vega y Cervantes, con Alonso Cano, Zurbarán, Ribera, Murillo y Velázquez. Todos son bellos y magníficos, pero todos son espontaneos y sinceros; todos son espléndidos y grandiosos, pero todos son naturales y sencillos; antes su mayor belleza y magnificencia y la causa del deleite indecible que unos y otros producen en nosotros, consiste en la sinceridad de su inspiración, en el vigor y nerviosidad de su genio, en la gala y brillantez de colorido, con que unos y otros bañan y revisten sus creaciones.

Nada hay más ajeno de nuestros escritores, de aquéllos principalmente á quien llamaba Juan de Valdés *Príncipes de la lengua*, que la afectación y el amaneramiento; nada más extraño que el componer y matizar las palabras para seducir al lector, á

fin de que, lisonjeado con el ruido de las voces, no pare su atención en la pobreza de las ideas que en ellas andan envueltas. Su grandeza está en su sencillez. La elocuencia de las palabras es expresión del calor de los sentimientos, y por esto es viva y comunicativa. Su estilo es espontáneo y natural, y por esto es gallardo y hermoso. En fin, la majestuosa gentileza de la lengua castellana, tal como resplandece en estos escritores esclarecidos, es trasunto fidelísimo de las ideas y sentimientos que constituyen la vida de la sociedad en que viven, de las pasiones que os agitan, del entusiasmo vivificador que empuja á todos y les inspira ideas grandes y sublimes y empresas y hazañas portentosas, y por esto es hermosa sin afeminación, grave sin dureza ni aridez, elegante sin afectación ni molicie.

Y aquí se nos descubre ya la causa principal de la magnificencia de la lengua castellana en el siglo de nuestra grandeza nacional y el origen de la poderosísima vitalidad que por ella discurre y que contribuyó á su perfección y hermosura más que la claridad del concepto y el aparato y el esplendor de los adornos.

III

«Estando el Sumo Pontificado en vuestras manos y el Imperio en las mías, decía el César Carlos V al Papa Adriano VI (1), me parece que esto sucede á fin de que hagamos juntos muchas y grandes cosas.» Y cualquiera que fuese el pretexto ó la ocasión de escribirse estas palabras, nunca pudieron decirse con tanta verdad como en aquella época gloriosa, porque jamás

(1) En una carta de 7 de Marzo de 1522 publicada por Lanz en la *Correspondenz des Kaisers Karl V*, según copia existente en los Archivos de Bruselas, t. I, pág. 58.

han sucedido en el mundo acontecimientos tan grandes como los que entonces se realizaron. Todo en aquella maravillosa edad cambia, todo se adelanta y transforma. Con el descubrimiento de la América y de las Indias complétase la idea del mundo. Nacen las artes ó se renuevan y enaltecen con el conocimiento de la clásica antigüedad. Las lenguas vulgares se pulen y perfeccionan. Fúndanse las ciencias experimentales. Anúnciase el verdadero sistema del universo. Y la expansión que logra el dominio ó señorío de la inteligencia se refleja en el de la voluntad y en todas las facultades del hombre. Un aliento nuevo, un calor vital, un entusiasmo extraordinario penetra todos los espíritus. Parece que la naturaleza humana entra en vías nuevas y desconocidas, en las cuales sus ideas se ensanchan y engrandecen, sus pasiones se exaltan, toda su actividad se renueva y sublima. Es la era más grande, el florecimiento más espléndido de la vida y del poderío del hombre que se ha realizado en el teatro de la historia.

La nación española, llegada á su mayor cumbre de prosperidad, colocada por la mano de la Divina Providencia al frente de los pueblos y naciones civilizadas y gobernada por reyes y príncipes egregios, se puso al frente de tan extraordinario movimiento de las almas y lo guió y fomentó, haciéndole producir los más grandiosos resultados. Francia vencida, Italia hecha tributaria, Alemania unida en su suerte con la nuestra por enlaces y casamientos, Inglaterra encerrada en sus límites insulares, el poder de los turcos para siempre quebrantado, unidas en el interior sus provincias, España era la dominadora del mundo. Nada se oponía á sus designios, nada contrastaba sus voluntades. El nombre de España era el más temido y el más respetado en toda la tierra. Precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles

se derramaban por todas las provincias y reinos de Europa, gobernaban los pueblos, subían á las cátedras de las Universidades, paseaban vencedores por los amenos campos de Nápoles y Lombardía, por las márgenes del Rhin, por las dunas de Flandes, por las llanuras de Francia y, después de alborotar á Europa con el ruido de sus hazañas y de cubrirla con los laureles de sus victorias, recorrían animosos los inmensos continentes de unas y otras Indias y penetraban por aquellos bosques donde no había resonado aún la voz humana, y subían por aquellos ríos que parecen mares, y todo lo arrollaban hasta plantar sus tiendas en las esplendorosas vertientes del Tolima y del Cotopaxi y clavar sus banderas triunfadoras sobre los tronos destrozados de Moctezuma y Atahualpa.

Esta grandeza y exaltación de España fué resultado, más que de la victoria de sus armas, de la incontrastable actividad que rebosaba entonces en nuestra patria, de la energía soberana de las voluntades y de la fe que movía á los corazones españoles, fe y voluntad que, unidas é identificadas con las de los reyes que los gobernaban, atropellaron todos los obstáculos, vencieron dificultades que parecían insuperables y levantaron el nombre de España á una cumbre de gloria adonde no ha subido jamás el nombre de nación alguna. Nunca, en verdad, se han visto en el mundo voluntades más enérgicas ni corazones más esforzados que los de los españoles de entonces. Aquellos hombres (y las mujeres también que en ocasiones no eran menos animosas y esforzadas que los hombres (1)), parecen de dis-

(1) Puede leerse sobre esto el discurso de D. Cesáreo Fernández Duro, leído en la Real Academia de la Historia el 1.º de Junio de 1902, y en el cual se ve que no pocas mujeres españolas tomaban parte en las expediciones que hacían sus maridos en tierras de Indias y luchaban y peleaban con no menor esfuerzo que ellos; algunas de ellas mandaron y proveyeron estas expediciones, y aun se pusieron al frente de los gobiernos, como D.ª María de Toledo, que gobernó las

tinta naturaleza que la nuestra. Sus caracteres son más duros que el hierro y más invulnerables que el bronce y el acero. Sus hazañas tienen no sé qué grandeza preternatural que espanta la imaginación y aterra y subyuga el sentimiento. Nada es capaz de contener el ímpetu de sus corazones. Inflamados por fe incontrastable, á todo se atreven y abalanzan, todo lo dominan y señorean, atando al carro de sus triunfos hombres y cosas, pueblos y naciones, leyes, instituciones y costumbres.

Con razón uno de los poetas de entonces, ponderando este esfuerzo, decía.

Que en sus atrevimientos descubrieron
que era bastante á sujetar su espada
más mucho que otros entender supieron.

Y henchido de alborozo patriótico, exclamaba:

¡Oh, España venturosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, de éste tributada,
pues desde que amanece el rubio Apolo
en su carro de fuego, á cuya llama
huye el frío Dragón revuelto al Polo,
al mismo tiempo que su luz derrama,
halla un mundo sembrado de blasones,
ornados todos de española fama.

Hechos y hazañas tan portentosas tuvieron su magnífico complemento en aquella unidad de imperio, la más vasta, la

---

Antillas y D.ª Juana de Zárate que obtuvo del Emperador el título de Adelantado de Chile y D.ª Beatriz de la Cueva que rigió á Guatemala por elección del Cabildo, y la mujer de Hernando de Soto que gobernó la Isla de Cuba como mujer que era «de gran saber e bondad e de muy gentil juicio y persona». Hasta se cuenta el caso, único en la historia, de D.ª Isabel Barreto que llevó como Almiranta efectiva la escuadra á Filipinas con un rigor que no habían desplegado los hombres de mar y guerra.

más grandiosa, la más beneficiosa para la humanidad que ha visto el mundo, unidad que otro poeta español de aquel tiempo, Hernando Acuña, cantaba en estos versos dirigidos al que era digno trasunto material de ella, el invicto Emperador Carlos V:

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el mundo
por suerte á nuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo para más consuelo
un Monarca, un imperio y una espada.

Esta grandeza del imperio español, efecto de la energía de las voluntades, reverberó en todo y en todo dejó impresa la imagen de su poderío, pero muy señaladamente en el lenguaje y en el estilo y en las formas expresivas del pensamiento. Las palabras son reflejo de las ideas, y éstas de la naturaleza del ánimo que las concibe. Quien nació con espíritu noble y generoso y se alimenta de sentimientos levantados, ya sabrá, cuando venga la ocasión, expresarlos con majestad y hermosura; y al contrario, quien posee alma humilde, vil y miserable, no dejará de descubrirla en su lenguaje pobre, mezquino y abatido. «La sublimidad de los pensamientos, decía un crítico de la antigüedad (1), es imagen de la grandeza del alma. Si el orador es de espíritu vil y bajo, ¿cómo ha de producir nada digno de la posteridad? Solamente los grandes hombres dicen las grandes cosas» «El esclavo, añadia, podrá ser hábil en muchas cosas; pero nunca será orador, que es decir, nunca sabrá expresarse con dignidad y elocuencia, porque al esclavo, según la frase de Homero, el Dios que le reduce á esclavitud le priva

(1) Dionisio Longino en su tratado sobre *Lo sublime*, n. IX.

de la mitad de su alma. La servitud es como aquellas cajas en que se encierra á los pigmeos para impedirles crecer.» Y lo que pasa en los individuos particulares pasa igualmente en las grandes agrupaciones de ellos, que son los reinos y las repúblicas.

Porque España fué grande y se alimentó de grandes ideas y de grandes y generosos sentimientos, producidores de hechos sublimes y hazañosos, por esto su lengua fué grande también y llena de dignidad y hermosura, no de hermosura muelle y afeminada, sino grave, severa y varonil, cual convenía á la que se había formado en aquellos pechos robustísimos y á la que era eco de aquellas almas indomables que habían vencido y avasallado el mundo.

Es común en los libros de entonces, en especial los extranjeros, hablarse de la pompa y arrogancia de la lengua castellana, y nada hay más cierto que esto. La soberanía del poder y la conciencia de la propia grandeza y la alteza y virilidad de los pensamientos que animaban á los españoles de nuestra edad de oro hubieron de quedar estampadas en su lenguaje, como lo quedaron en las fisonomías de sus rostros, los cuales, según los vemos hoy en los retratos que de aquellos tiempos se conservan, nos dicen á voces haber sido animados por espíritus vigorosos, de férrea voluntad y de nobles sentimientos.

La energía de las ideas y el entusiasmo de los corazones, avivando extraordinariamente los ingenios, se traspasaron al lenguaje que, partícipe de esta vitalidad, en las palabras magníficas y numerosas, en la viveza de las figuras y en la variedad, soltura y bizarría de las frases reprodujo toda la grandeza y generoso empuje de las almas. La alteza del pensamiento engendró la alteza del estilo; el señorío y la exención de sus voluntades reflejaron en la dicción, y la fuerza indomable de sus

espíritus, derramando sobre el lenguaje la majestuosa corriente de su vida, lo levantó á grado maravilloso de vigor y gallardía. Así las palabras fueron esclavas de las ideas, no las ideas de las palabras, y los adornos de la oración sirvieron para realzar, no la elocuencia de las frases, sino la realidad y la elocuencia de las cosas. De donde resultó aquel estilo admirable, rudo á veces, pero siempre enérgico y elocuente; brusco y mal limado quizás, pero sincero y veracísimo; estilo lleno de brío y pujanza, de entre cuyas frases surgen las ideas con toda su pureza y claridad, con todas las iluminaciones del genio, con las infinitas emociones del sentimiento, con las ardorosas palpitaciones de la pasión con que se exaltan los corazones.

Tan grande exuberancia de vida como lozaneaba en la lengua castellana era argumento de haber llegado ésta al punto ó colmo de perfección, que, asemejándolo á los seres vivos, pudiera ser llamado la madurez ó desarrollo perfecto de su organismo. Siendo la lengua el producto más espontáneo de la sociedad que la habla es espejo fidelísimo de toda su manera de ser; en ella se retratan sus excelencias y perfecciones como sus vicios y defectos; en ella se reproducen sus grandezas y virtudes como sus pequeñeces y miserias, y por esto es ley constante de la historia humana, como ya en su tiempo advertía el maestro Medina, que cuando una nación llega á la cumbre de su poder, entonces adquiere la lengua su mayor grado de perfección y grandeza, y conforme aquélla declina y va perdiendo las fuerzas de su vida social declina ésta también hasta corromperse y perderse y aniquilarse de todo punto. Tienen, en efecto, las lenguas su infancia, su crecimiento y edad madura no menos que su vejez y decrepitud; y esta diferencia de edad se manifiesta en el grado de energía con que se desenvuelven en ellas los gérmenes de su vida, y en la fuerza con que se oponen á los elementos extraños que

atentan á su destrucción y á su muerte. Mientras están en el período de la niñez y cuando su organismo no ha logrado el desarrollo ó crecimiento á que va caminando, aunque el número de las formas radicales esté completo, es muy escaso el de las derivadas, en especial, aquellas cuya formación supone mayor cultura y adelanto de la inteligencia; la sintaxis flota vaga é indecisa, la expresión está falta de color y toda la vida es raquítica y miserable y expuesta á estragarse fácilmente al contacto de otras lenguas más vigorosas. Mas llegado el punto de su madurez y florecimiento, cuando las formas propias y legítimas gozan ya de su desarrollo natural, la construcción campea gallarda y vigorosa, la frase es brillante y colorida, y toda la vida tan pujante y lozana, que no sólo se conserva pura y hermosa á través de todos los obstáculos, sino que acrecienta su vitalidad aun con aquello mismo que intentaba menoscabársela. Tal sucedió con nuestra lengua en el siglo de nuestra mayor grandeza. Llena de vigor y de vida, levantó á su mayor desenvolvimiento y plenitud las formas cuyos gérmenes habían ido brotando en las edades anteriores; acrecentó el número de las derivadas, sobre todo las expresivas de conceptos ó ideas abstractas; dió suma gracia y variedad á los modos de decir, á las expresiones proverbiales y á los giros agudos y sentenciosos; redondeó la cláusula, comunicándole admirable resonancia y harmonía; prestó originalidad asombrosa á todos sus escritores, y se afirmó, en fin, y se robusteció de tal manera en lo que constituía la íntima virtualidad de su ser, que nunca la lengua castellana ha sido más enérgica que entonces, nunca más propia y original, nunca más vigorosa é independiente.

Aparece esto clarísimo y evidente cuando comparamos la lengua y el estilo de los escritores de aquel siglo con la que usaron otros escritores del siglo anterior ó de cincuenta años

antes. Antes de aquella época memorable, que corre por los dos últimos tercios del siglo XVI y primero del XVII, el habla castellana aparece enérgica, sí, y nerviosa, pero áspera y desadornada, como la que nacida entre el fragor de los combates conserva todavía algo de la herrumbre, que se le pegó del rigor de aquellos tiempos durísimos. Prevalecen en ella ciertas consonantes de pronunciación desabrida; la frase se mueve premiosa y desigual, la cláusula sin número, el estilo sin claridad y precisión. Los escritores carecen de espontaneidad y fisonomía propia, escriben sin vida y sin elocuencia, sin arte ni naturalidad. La poesía está falta de color, la prosa de soltura y harmonía. Pero llega aquel período gloriosísimo, y todo cambia y se transforma. La luz, el calor, la vida, como á la salida de nuevo sol, penetran por todas partes; las tintas broncas y desentonadas se van poco á poco suavizando; desvanécense los sonidos rudos y desapacibles; el enlace de las cláusulas es más espontáneo y natural; el período, más numeroso y suave. Hay más graciosidad y galanura en los modos de decir; las dicciones son más expresivas é idiomáticas, más vivaces y espléndidas, la prosa es más bella y cadenciosa, la poesía más florida y pintoresca. Y del conjunto de estas excelencias, trasunto de las cualidades más características del genio nacional, resulta aquella lengua admirable, en quien cumplidamente están reunidas cuantas perfecciones pueden satisfacer la inteligencia, no menos que la sensibilidad y la fantasía; lengua que con sus acentos, ya blandos y apacibles, ya graves y majestuosos, regala maravillosamente el oído y, absorbiendo todas las potencias del alma, parece que la va desatando de lo material y sensible y levantándola y explayándola por la región inmaculada del espíritu; lengua, en fin, que semeja la más apropiada para interpretar las aspiraciones más grandiosas del hombre, para declarar á los mortales los misterios y las grandezas de la

Divinidad, y en cuyos sonidos parecen vibrar destellos de las harmonías del cielo.

Este conjunto de perfecciones y cualidades era, como se ha dicho, el trasunto del espíritu que agitaba á nuestra nación; era el reflejo del genio que le guiaba; era la más espléndida manifestación de su vida, pujante, gloriosa, avasalladora. Y como esta vida no sólo desenvolvía y hacía alarde de sus propios tesoros, sino que todo cuanto caía dentro de la esfera de su actividad lo absorbía y asimilaba y transformaba en su propia sustancia haciéndolo tributario de su poder, así ni más ni menos su lengua, al ponerse en contacto con las demás, absorbía muchos de sus elementos y de sus frases y palabras, no solo no corrompiéndose con ellos, sino haciéndolos entrar en la corriente generosa de su vida y enriqueciéndose con sus preseas y tesoros. Á este propósito decía un elegante escritor de aquellos tiempos y conocedor maravilloso de la riqueza, propiedad y hermosura de la lengua castellana, Fray Jerónimo de San José, que «el brío español, no sólo quiso mostrar su imperio en conquistar y avasallar reinos extraños, sino también ostentar su dominio en servirse de los lenguajes de todo el mundo, tomando libremente de cada provincia, como en tributo de su vasallaje, lo que más le agradaba y de que tenía necesidad para engalanar y enriquecer su lengua, con tal destreza que al vocablo que de nuevo introducía dábale cierta gracia, aliño y gala que no tenía en su propia patria y nación, mejorando así lo que tomaba para hacerlo con excelencia propia» (1).

De esta pujanza de vida que animaba la lengua española provino también el carácter de especialidad ó individualidad literaria que se advierte en los escritores de aquel tiempo, tan no-

(1) *Genio de la Historia*, pág. 2.ª, c. III.

table y singular que no hay dos cuyo estilo pueda confundirse. Todos hablan una misma lengua, grave, majestuosa y enérgica; pero cada cual le da su entonación peculiar y característica. Cada cual tiene su fisonomía propia é inalterable. Nadie copia ni imita á nadie. Todos son originales á su manera; y la causa de esto es porque, extraordinariamente conmovida y excitada su naturaleza en lo más profundo y peculiar que hay en cada uno de ellos, buscan su inspiración en sí mismos y todos la encuentran vigorosa, abundante y maravillosamente creadora en la actividad de sus ingenios, en la fuerza de sus convicciones, en el señorío de su voluntad, principio de la personalidad y originalidad literaria.

Y otra cosa se advierte, además, extraña á primera vista, pero que cuando se estudia de cerca aparece como natural, que nace de la misma causa y está fundada en la misma ley que gobierna y determina la manera de obrar de nuestra alma en lo que se refiere á la expresión de sus ideas y sentimientos, es á saber, que todos ó casi todos los escritores de aquella edad, y señaladamente aquellos cuyo estilo más nos deleita y admira, son, no literatos de oficio que vivieron entre libros y mamotretos, sino hombres muy experimentados en las realidades del mundo, curtidos al sol, y que más que con el polvo de las Academias se honraron con el polvo gloriosísimo que se pega á los cuerpos en el recio combatir de la vida. Así, Garcilaso compone sus églogas dulcísimas entre el ruido de las campañas de Italia, África y Provenza; Hurtado de Mendoza escribe versos y diálogos literarios á vueltas de notas y negociaciones diplomáticas; Ercilla redacta la *Araucana* lleno aún del sudor del combate en que ha tomado parte y que va á describir; Lope de Vega pasa su vida agitadísima en viajes, contiendas y aventuras, siempre luchando y siempre escribiendo; Cervantes, paje en Italia, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, alca-

balero en España y siempre pobre, roto y deslucido, alterna sus penas y amarguras con versos y novelas, y fantasea su fábula inmortal de *El Ingenioso Hidalgo* «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación (1)». Y por estos patrones están cortados Quevedo, Alarcón, Aldana, Hernández de Andrade, Gutierre de Cetina y otros mil. Y aun los que como Avila, Granada, Mariana, Ribadeneira, por razon de su profesión y estado, hubieron de llevar una vida más pacífica y tranquila, no pudieron sustraerse á la actividad incomparable que agitaba entonces á la nación entera, pasando por vicisitudes muy diversas, peregrinando por provincias y reinos extraños y tomando parte en los públicos acontecimientos.

Esta experiencia de la vida y el uso y conversación con los hombres y el contacto inmediato con la naturaleza, comunicaron al estilo y á la lengua de nuestros escritores una vivacidad y un realce prodigioso. El espectáculo variadísimo de los objetos que de contínuo pasaban ante su vista, los sucesos extraordinarios á que asistían, el visitar regiones nuevas y desconocidas, la diferencia del paisaje y la variedad de los fenómenos que les ofrecía el maravilloso campo de la naturaleza, hubieron de enriquecer á maravilla sus inteligencias, excitar su fantasía y enardecer su fe y entusiasmo. La familiaridad con los trabajos y peligros prestó firmeza y solidez á sus convicciones; la experiencia de las grandezas y vanidades humanas robusteció sus sentimientos; el generoso entusiasmo por la gloria de la nación, que al impulso de todos se agrandaba y enaltecía, engrandeció sus ideas y avigoró maravillosamente sus espíritus. Mucho pudieron aprender de los libros, pero más en la escuela práctica de la vida y en la realidad de los acontecimien-

(1) Prólogo á la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo*.

tos, resultando de este aprendizaje una riqueza indecible en la lengua que usaron, en la variedad de las frases y formas de decir, en la elocuencia de la dicción, con que se esforzaron por igualar la grandeza de las ideas y la exaltación de los afectos que conmovían sus almas.

De Racine se dice que le bastaron mil doscientas palabras para escribir todos sus dramas. De seguro no puede afirmarse cosa semejante de ninguno de los autores dramáticos españoles. Su lengua es más copiosa, su diccionario más rico, más variado y abundante. Espaciándose libremente por los campos abiertos á la investigación humana, reciben mayor número de impresiones de los objetos á que tiende su vista. Penetrando en el laberinto del corazon del hombre, conocen sus senos y escondrijos, sus entradas y salidas y la infinita variedad de sus embates y maquinaciones; y como todo lo pintan y ponen delante de los ojos, como á cada cosa dan su voz y á cada diferencia de matiz su diferencia de tinte y de colorido, el color, la accion, la vida de las pasiones y sentimientos que describen, discurriendo vigorosísimas en su lenguaje le comunican una riqueza y variedad incomparables. Si no les bastan las voces conocidas, las inventan nuevas. Su genio, excitado por la experiencia, hácese de continuo creador. Al toque de la mágica varilla brotan frases y modos de decir originalísimos, expresiones vivaces é idiomáticas, figuras galanas y bizarras, pregoneras de la opulencia de ideas y de la vivacidad de los sentimientos de que rebosan las almas. Y esto no es propio de unos pocos escritores de aquella edad, sino de todos, pues no hay uno siquiera. aun de los más oscuros, donde no se sorprendan á cada paso frases admirables por su novedad, riqueza y valentía.

Y esta riqueza y variedad de lenguaje resultan más notables y dignas de admiración si las comparamos con la pobreza y

uniformidad de estilo que se advierten en los escritores españoles, según se alejan de aquel siglo gloriosísimo. La verificación de esto es facilísima, pues basta para ello tomar cualquier libro del siglo siguiente, el décimoctavo, y leer de él unas pocas páginas no más para ver la diferencia entre una y otra manera de escribir. Es tal esta diferencia y tal la uniformidad y penuria del estilo de aquel tiempo, que un crítico tan competente como el que más en esta materia, D. Antonio Capmany (1), pudo decir con justísima razón: «La mitad de la lengua castellana está enterrada, pues los vocablos más puros, más hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública». Entiéndase en los libros y papeles escritos, que en el habla común del pueblo vivieron y viven y perseveran todavía por dicha estas palabras.

No hay duda que la hermosura de esta lengua y su riqueza y opulencia de formas, y la extremada elegancia de luz y de primores y delicadezas de estilo eran títulos bastantes para que, no conteniéndose en los límites en que naturalmente estaba circunscrita, saliese á peregrinar por el mundo y á solicitar la afición y el estudio de todas las gentes instruídas de Europa; pero al subir al carro de los triunfos de España y al coronar sus gloriosos trofeos, aquellos títulos fueron rubricados por la victoria, y la que era lengua particular de una parte no más de nuestra Península, quedó convertida en lengua cortesana, aristocrática y universal.

Fué la lengua española en aquel siglo la más hablada entre las gentes nobles y de buena educación, la más usada en las cortes de Europa, la común y vulgar entre las personas instruídas, de suerte que así como la lengua latina era la usual en los libros y disputas y contiendas literarias, así era la lengua

(1) En su *Filosofía de la elocuencia*, parte 1.ª, art. III.

española la usada en el trato común internacional y de las personas y gentes distinguidas.

Refiere el Licenciado Villalón que cuando el Emperador Carlos V, que *se preciaba de español,* venció en el río Albis al Duque de Sajonia, al presentársele para prestarle obediencia y demandarle perdón todos los señoríos y principados de Alemania, habláronle, por aplacerle, en castellano.

El mismo César Carlos V en el discurso que en cierta ocasión dirigió al Senado genovés decía: «Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés ó tudesco, he querido preferir la lengua castellana porque me entiendan todos».

Y años adelante Felipe IV, al dar el parabien al Papa Alejandro VII por su elevación al Sumo Pontificado, quiso escribírselo en castellano, terminando su carta con estas gloriosas palabras: «La hubiera escrito en lengua latina, si en medio de ser la española su hija no excediese aún á la misma madre en la gravedad de su carácter, posesión de sus lacónicas frases, majestad de sus palabras y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos».

Fuera de estos testimonios que se refieren á casos particulares, aunque muy notables, son conocidas las palabras de uno de los interlocutores en el *Diálogo de la lengua* escrito por los años de 1540, donde dice que «ya en Italia, así entre damas como caballeros, se tenía por gentileza y galanía saber hablar castellano». «El común de las gentes—decía el Licenciado Villalón—son inclinadas á la dulzura de la lengua castellana, que les aplace mucho y se precian de hablar en ella y el flamenco, el italiano, el francés y aun el alemán se huelgan de lo hablar»; y, porque, añade con razón, «la lengua castellana lo merece todo por su elegancia y copiosidad, que cierto es muy acomodada á bien decir». Es notorio, además, que en Roma y en París había por aquel tiempo estudios públicos donde se en-

señaba la lengua española, y que, como ahora tenemos ayos que enseñan á los niños el inglés ó el francés, así los nobles de entonces tenían en sus casas ayos españoles que enseñaban á sus hijos el uso de nuestra lengua (1).

Era la lengua española la más común y la más extendida por Europa. En español se hablaba lo mismo en las márgenes del Tíber que en las del Sena y del Danubio; lo mismo en las alegres calles de Nápoles y de Milán que en las brumosas de Gante y de Bruselas. Libros españoles eran dados á la estampa en la mayor parte de las ciudades del mundo civilizado. Las obras maravillosas del arte dramático español eran representadas y aplaudidas en los teatros de Francia, Italia, Cerdeña y Flandes, y tanto gustaba el público de ellas, que el famoso comediante Sebastián del Prado representó en París, cuando la Infanta María Teresa, hija de Felipe II, pasó á casarse con Luis XIV; María Laredo hizo damas en las compañías que andaban por Italia y nunca vino á España; en tiempo de Gregorio XV, y con permiso de este Pontífice, se representaron nuestras comedias en la corte romana y á presencia de insignes purpurados, según lo escribe un testigo de vista, el P. Tomás Hurtado, y á fines del siglo XVII eran todavía representadas estas mismas comedias con aplauso extraordinario por los judíos, portugueses y espa-

---

(1) Así lo atestigua el Maestro Ximénez Patón en el prólogo á su *Eloquencia española en arte*, impresa en Toledo el año de 1604, alegando la *suma del privilegio* concedido en París el año de 1555 á Bartolomé Gravio para poder imprimir, entre otros libros que se leían en las escuelas, un arte para enseñar la lengua española, y copiando los testimonios del editor francés de este arte para domostrar la necesidad que generalmente había entonces de aprender nuestra lengua. Sobre los autores de gramáticas y vocabularios de la lengua española para uso de los extranjeros puede consultarse la *Biblioteca histórica de la filología castellana* del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza y el interesante libro de Mr. Alfredo Morel-Fatio *Ambrosio de Salazar et l'etude de l'espagnol en France sous Louis XIII*, publicado en París, año de 1901.

ñoles residentes en Amsterdam y en otras ciudades de los Países Bajos.

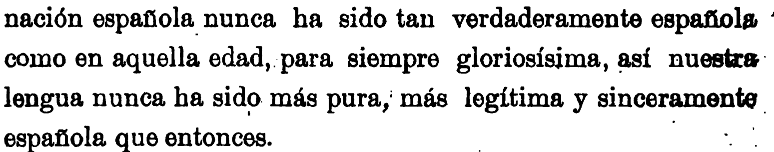
El uso de la lengua de España se había extendido al compás de su poderío. Donde quiera que se ideaban empresas grandes y hazañosas, allí vibraban dominadores los acentos de nuestra lengua. En español se habían dado los gritos con que los compañeros de Cristóbal Colón saludaron la isla de Guanahaní al divisarla desde las famosas carabelas. En español se hizo aquel reto, para siempre memorable, con que el intrépido Núñez de Balboa, marchando por entre las ondas, en una mano la espada y en otra la bandera de Castilla, tomó posesión del mar del Sur en nombre de los Reyes de España, jurando morir por defendérselo contra todos los reyes y príncipes del mundo. Españoles eran los ecos que resonaban en las lagunas de Anáhuac al ser atravesadas por Hernán Cortés y su ejército invencible. Españolas las primeras voces que repercutieron en las cumbres de los Andes, en las márgenes de Las Amazonas, del Magdalena y del Orinoco, en las selvas vírgenes de la Florida y de la California. Española la lengua que rodeó por primera vez el cerco de la tierra, envolviéndola en la majestad de sus sonidos. Española la predicación del Evangelio llevada por todo el mundo por nuestros frailes y misioneros, siempre luminosa y civilizadora, sobreponiéndose al estruendo de los combates, teniendo á raya los instintos de la codicia y la crueldad de la barbarie, y proclamando á boca llena los derechos de Dios, la hermandad de todos los hombres, el respeto á los débiles, los fueros de la virtud y de la conciencia.

Al resonar la lengua española por tantas y tan diversas regiones, resonó con la dignidad y señorío que convenían á la que era reina y dominadora del mundo. *Incessu patuit Dea.* En tanta variedad de gentes y en tan grande confusión de hablas é idiomas, sus sonidos, no sólo no se perdieron, sino que vibraron

con más fuerza y se propagaron con más bella y más grandiosa resonancia. Su dignidad y hermosura, lejos de estragarse con tanta diferencia de voces, se acrecentaron maravillosamente, levantando los quilates de su pureza y dilatando inmensamente los términos de su imperio. Enriquecióse su diccionario tomando cantidad de voces extranjeras, pero acomodándolas como se ha dicho á su índole peculiar y vivificándolas con su virtud. Su sintaxis, parte la más rica y esencial del lenguaje, se afirmó y robusteció, adquiriendo al propio tiempo mayor flexibilidad y más graciosa lozanía. Las frases ó modos de decir ganaron en variedad y galanura, pero permaneciendo siempre fieles al genio nacional. El habla, en fin, considerada en todos sus elementos, se ilustró y enriqueció prodigiosamente, pero perseverando siempre pura, siempre castiza, siempre española (1).

Así, en verdad, había de ser. La pujanza de vida que animaba á la lengua española, era efecto y trasunto de la vitalidad extraordinaria que alentaba á nuestra nación; y como esta vitalidad era propia, no prestada ni ficticia, propia y espontánea y eficacísima había de ser también la vida de nuestra lengua; como la grandeza de España era el desenvolvimiento natural de su espíritu, de las cualidades que constituyen su ser, de lo más íntimo y esencial que hay en su naturaleza, así la perfección de nuestra lengua era la perfección y el colmo de todas las excelencias que adornaban el genio de nuestra nación y la revelación más espléndida de estas excelencias; en fin, como la

(1) Mateo Alemán, en el fol. 36 (vuelto) de su curioso y rarísimo libro *Ortografía castellana*, impresó en Méjico en 1609, al hablar de la facilidad con que nuestra lengua tomaba de las extranjeras palabras y dicciones, convirtiéndolas, como él dice, en *frasis castellano*, la compara, al «mayo de Portugal, que lo cargaron de joyas y se alzó con todas».



nación española nunca ha sido tan verdaderamente española como en aquella edad, para siempre gloriosísima, así nuestra lengua nunca ha sido más pura, más legítima y sinceramente española que entonces.

Y este es el timbre y el blasón más glorioso de los escritores de aquel tiempo; esto es lo que los levanta sobre los escritores españoles de todos los tiempos y edades; este es el fundamento y la razón de la especie de culto que les rendimos, que los realza y engrandece maravillosamente á nuestros ojos y que les asegura gloriosa inmortalidad y veneración y renombre perdurables. Sin duda alguna no fueron perfectos en todo, antes hay que confesar que en sus libros y escritos no siempre se inspiraron de las Gracias, que desoyeron á menudo sus consejos y que muchas veces anduvieron desacompañados de aquella bella deidad á quien los griegos adoraron con el nombre de *santa Harmonia*. Será esto efecto de nuestra genial manera de ser, de nuestro caracter inquieto y turbulento, del desorden de nuestra imaginación rebelde al freno é impaciente de trabas y sujeciones; explíquese como se quiera, pero esta es la verdad. Mas con sus defectos y todo, aquellos escritores esclarecidos serán eternamente los maestros del buen lenguaje castellano, los guías y maestros del buen estilo, nuestros modelos, nuestros *clásicos*, y no ya por la pompa de su lenguaje, ni por la lozanía de su imaginación, ni por la hermosura de sus frases, aunque en esto sean admirables, cuanto porque en ellos, más que en otros algunos, vemos representada la expresión más apropiada de nuestro genio artístico y literario, porque en sus escritos vive y florece lo más íntimo y sustancial, lo más sano y brioso que hay en la vida de nuestra nación; porque ellos, en fin, fueron propia y genuinamente españoles.

Prez la más alta de nuestra gente, personificación de su espíritu y cifra y trasunto de las más brillantes cualidades

del ingenio español, resplandecen en las regiones más elevadas del pensamiento y participan de la inmortalidad que está vinculada á todas las glorias y grandezas del alma. Así perecerán ó han perecido ya muchos libros de otros siglos y de otras edades; pero los libros de aquella edad venturosa vivirán eternamente. La materia ó asunto que en ellos se trata podrá ser de poca ó ninguna importancia; pero el lenguaje y el estilo serán siempre merecedores de atención y estudio. Variará el gusto en su parte accidental, ó pasajera; pero el espíritu de vida que discurre por las páginas de aquellos libros será inmortal; y mientras exista la nación española, mien tras vibren en labios humanos los grandiosos acentos del habla de Castilla, mientras haya en el mundo un alma sensible á los atractivos del arte y de la hermosura, los nombres de aquellos escritores ilustres serán citados con là más viva admiración, y volarán de boca en boca, irradiando por los espacios de la tierra una claridad inextinguible, y dando al sagrado nombre de España una especie de resonancia augusta, que, vencedora de los estragos y las ruinas del tiempo, flotará sobre los estruendos de las revoluciones y naufragios, y levantará los timbres literarios de nuestra patria á las esferas más sublimes de la inmortalidad y de la gloria.

¡Granada, León, Lope de Vega, Cervantes! ¡Qué mágico prestigio traen consigo estos nombres! ¡Cuán regaladamente suenan en el oído! ¡Cómo enardecen el corazón y dilatan el pecho y recrean é iluminan el alma, revelándole los divinos misterios del arte y descubriéndole los ocultos mineros de donde fluye y se derrama por el lenguaje cuanto hay en él noble, espléndido y engrandecedor! El que desama ó menosprecia estos autores y cuantos florecieron en la edad que fué ennoblecida con las producciones de sus ingenios, renuncie á conocer la grandeza y hermosura del habla castellana; descon-

fíe de llegar á la perfección en el arte de hablar y de escribir, desespere de alcanzar jamás la palma de la perfecta elocuencia.

Preguntado una vez D. Nicolás Fernandez Moratín qué libros leería un joven que deseaba formarse en el castizo lenguaje poético, respondió: griegos y españoles, latinos y españoles, franceses y españoles, italianos y españoles, ingleses y españoles; bella respuesta, pero á la cual hay que añadir que este consejo es aún más provechoso y tiene más aplicación á la prosa que á la poesía y que los autores que hay que leer y estudiar con preferencia han de ser los del siglo de oro de nuestra literatura. El que aspire á la gloria del arte y del estilo, tenga sus ojos fijos en estos escritores soberanos; consúltelos en sus dudas; imítelos y tómelos por ejemplares, seguro de haber escogido los mejores consejeros y adalides en la noble empresa de estudiar y esclarecer nuestra lengua. Elíjalos cada cual, según sus gustos y según las condiciones especiales de su ingenio, que en todos tendrá mucho que admirar y aprender. En unos, conocerá la pureza y propiedad de las palabras; en otros, la gallardía y elegancia de la frase; en éste, la redondez y harmonía del período; en aquél, la nobleza y majestad de la verdadera elocuencia; en todos, la grandeza y la sinceridad de la inspiración, la alteza de los conceptos, su amor á la verdad, madre de la que llama Quintiliano *santidad* del estilo. Estudiándolos aprenderá á conocer y estimar los tesoros y las perfecciones de nuestro idioma; se alimentará de las ideas y de los sentimientos que vivificaron aquellos espíritus sublimes; se acostumbrará á pensar como ellos, para poder escribir y hablar como ellos; y participando del principio de vida que palpita en sus escritos, participará también de la vida misma que anima y vivifica la esencia de la nación española.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

SEÑORES:

No se han cumplido aún dos años desde que descendió á la tumba uno de los más gloriosos ornamentos de esta Academia, uno de los mayores poetas dramáticos que nuestro siglo ha producido. Alejado de nuestras juntas por sus achaques habituales, algunos de sus compañeros ni aun llegamos á conocerle; pero su nombre era nuestra gloria, su espíritu habitaba en este recinto, y parecía que su mismo apartamiento de todas las discusiones y luchas de nuestra literatura actual le daba ya en vida la aureola de los inmortales. El era uno de los pocos sobrevivientes del gran período romántico, y su nombre sonaba en los oídos de la juventud de nuestros tiempos como el nombre de Lope ó el nombre de Calderón. Vivo aun, había pasado á la categoría de los clásicos. Sus versos habían sido de los primeros que halagaron nuestros oídos en la infancia, y persistían en nuestra memoria con la tenacidad de las primeras y más frescas y duraderas emociones. Si cabe todavía ser poeta popu-

lar en épocas de crítica, de análisis y de reflexión como la presente, no hay duda que García Gutiérrez lo fué en el grado y forma que los tiempos consienten. Otros poetas han alcanzado esa gloria interpretando de nuevo viejas leyendas, trabajando sobre un pasado poético ya conocido, sacando del tesoro inexhausto de la tradición asuntos que vestir con nuevas galas, remozando, en suma, la materia artística ya elaborada por la fantasía del pueblo. Pero García Gutiérrez hizo y consiguió más: inventó leyendas y alcanzó que los protagonistas de ellas viviesen con vida propia al lado de los héroes de las gestas épicas, ya consagrados y ungidos por la tradición, y logró que el pueblo castellano se encariñase con esos héroes cuya genealogía no arrancaba más allá que de la mente del poeta, y los recibiese por suyos y les diese carta de cidaudanía en el sublime coro donde están *La Estrella de Sevilla, García del Castañar* y *Los Amantes de Teruel.*

Fué concedido, por tanto, á García Gutiérrez el dón y privilegio rarísimo, no sólo de haber dado expresión harmoniosa y perenne á ciertos afectos eternamente humanos y de carácter universal, sobre todo á aquellos de índole más suave, virginal y casta, que nacen por virtud espontánea en la primavera del espíritu, sino también el de haberse identificado de tal modo con el alma de su gente y de su raza, que lo que él añadió al archivo de las invenciones poéticas de ella, quedó indisolublemente unido con lo antiguo por un lazo tan estrecho, que cuando se pasa de las obras de los últimos discípulos de Calderón á las suyas, nadie podría imaginar que entre unas y otras ha habido solución de continuidad no menos que de un siglo; sino que, salva la mayor perfección de la forma y la ausencia de extravagancias, el teatro de García Gutiérrez, en lo que tiene de más propio y característico, no parece sino prolongación de nuestra antigua y gloriosa escuela dramática, depurada por el

progreso de los tiempos de las escorias con que andaba revuelto el oro en aquellas opulentas minas de donde se sacó riqueza bastante para abastecer todos los teatros del mundo moderno, y eso que aún yace soterrada y lejos de las miradas del vulgo una parte inmensa de aquel tesoro.

No quiero decir con esto que García Gutiérrez negase su atención y su estudio á otras formas de artes distintas de nuestro teatro clásico y desarrolladas en otras naciones, de donde hemos tomado luz y ejemplo, así en el siglo XVIII como en el presente. Por el contrario, una de las obras de García Gutiérrez más perfectas y maduras, tan perfecta que casi conquista nombre y fueros de obra original, es un arreglo ó una imitación de la *Emilia Galotti*, de Lessing. Ni he de ocultar, por otra parte, puesto que sería dejar en la sombra uno de los méritos más insignes del gran poeta á quien lloramos, que hay en algunos rasgos dramáticos suyos, v. gr., en *Juan Lorenzo*, y quizá todavía más en *Simón Bocanegra*, tal poder de análisis y de escudriñamiento de los ocultos móviles de las acciones humanas, tal *introspección* ó vista interna de caracteres y de pasiones, tal profundidad de inspiración, en suma, que recuerda más bien á Schiller y á Shakespeare, que á los nuestros, más hábiles en reproducir con brillantez, pompa y fuego el espectáculo de lo que hiere y deslumbra los ojos, que en andar como exploradores por estos laberintos de la conciencia. Hay, pues, en las mejores, si no en las más populares obras de García Gutiérrez, una mezcla singular de romanticismo castizo y de romanticismo exótico, pero sobreponiéndose en toda ocasión el primero, con sus tendencias épicas, con su amor á la acción tumultuosa, con sus bizarrías, desmanes y bravezas, con su inundación de conceptos líricos, con sus novelas de noche de estío alegrada por músicas y requiebros. Pudo, sin duda, García Gutiérrez, en versos que no han de

morir, dar voz y aliento á espíritus tan complejos como el del ambicioso, devorado de tedio, desfalleciendo bajo el peso de sus propios deseos y codicias ampliamente satisfechos y volviendo con melancolía los ojos al mar, teatro de sus hazañas de corsario; ó aquel otro, todavía de más profunda y difícil observación y estudio, el del revolucionario de buena fe, á quien abate y rinde y postra y finalmente mata de dolor y de vergüenza el espectáculo de la misma revolución que él ha desencadenado. Pero el instinto de nuestro pueblo no se ha ido tras de estas maravillosas psicologías, y en la obra múltiple de García Gutiérrez ha elegido un drama y un nombre para convertirlos en símbolo. Por mucho que nos empeñemos los críticos, García Gutiérrez es y será siempre para el mayor número de los españoles el poeta de *El trovador*. ¿Y por qué esta preferencia, señores, infundada, á no dudarlo, si estimamos las obras meramente con el criterio estético, sino porque *El trovador* es entre nosotros la última transformación y la última palabra del antiguo drama caballeresco, la última comedia de *capa y espada*, la obra más española de García Gutiérrez? Siempre se oculta una gran verdad en el fondo de los juicios del vulgo, inexplicables para quien no vea en los dramas otra cosa que un conjunto de líneas bien ó mal rimadas y de situaciones más ó menos diestramente enlazadas conforme á los principios de una cierta mecánica teatral.

¡Contraste singular, señores, pero no ciertamente único en los anales de nuestra Academia, el que presentan el Académico muerto y el que hoy viene á ocupar su sitial! El uno poeta dramático y profano, aunque de inspiración cristiana y espiritualista; el otro sacerdote y teólogo, afiliado en la austera milicia de San Ignacio. El uno poeta popular, todo espontaneidad y todo brío, de cortos estudios, pero de imaginación potentísima; el otro prosista castizo hasta la exageración, si exage-

ración cabe en esto; espíritu paciente y laborioso, docto en muchas ciencias, conocedor de muchas lenguas y literaturas, educado en la más severa disciplina intelectual, en el taller de la lógica, en el gimnasio de la sagrada Teología, en la arena y en el polvo de la controversia dogmática. Uno y otro maestros de lengua, cada cual á su modo; pero García Gutiérrez por instinto, por casualidad, porque había mamado con la leche la pureza del habla, y el P. Mir, al contrario, por afán indeficiente, por estudio y lectura de muchos años, por aquellos procedimientos, en suma, mediante los cuales llegan á domarse las asperezas y rebeldías de una lengua extraña, puesto que no fueron los acentos de la de Cervantes los primeros que resonaron en los oídos de nuestro nuevo compañero, como él mismo lo declara al principio de su espléndido discurso. Y en verdad que no puede presentarse prueba más elocuente que el discurso mismo que acabamos de oir de lo que logran la perseverancia y el bien encaminado esfuerzo en la lucha titánica con el material artístico más rebelde, puesto que entre los muchos autores de raza y lengua catalana que han escrito en castellano no recuerdo uno solo que pueda compararse con el padre Mir, ni en la abundancia, ni en la fluidez, ni en el número, ni en la franqueza y señorío con que dispone del habla ajena como de cosa propia y nativa.

Materia es, repito, de no pequeño asombro y maravilla que al P. Miguel Mir, nacido en la isla de Mallorca y educado en Inglaterra, podamos contarle hoy en el número limitadísimo de los cultivadores de la buena prosa castellana. Las primeras palabras que balbució su labio fueron palabras de aquella otra lengua heroica trasladada por los conquistadores catalanes á Mallorca y á Valencia; lengua que antes que otra alguna de las neo-latinas sirvió de intérprete al pensamiento filosófico por boca del Dr. Iluminado; lengua que suena quizá más viva,

pintoresca y galana que en parte alguna en aquellos huertos de las Hespérides, que el Mediterráneo circunda, y entre aquellas peñas de la *Isla Dorada* que la piedad de sus hijos designa con el cariñoso nombre de la *Roqueta*. Desde la fundación de esta Real Academia, ni un solo balear había tomado asiento entre nosotros. Desde 1767, fecha de una célebre pragmática de Carlos III, tampoco aparece escrito en nuestro catálogo el nombre de un solo sacerdote de la Compañía de Jesús. En el P. Mir concurren ambas calidades.

Felicitémonos, señores, de esta novedad doble, que es indicio manifiesto de cuánto supera nuestra época á las anteriores en amplitud de criterio y de gusto. Felicitémonos de que todas las regiones de la tierra española tengan su representación en este Senado de la lengua patria. Y ya que la intolerancia de nuestros mayores nos privó de la inmensa gloria que sobre esta Academia hubieran arrojado nombres como el de Hervás y Panduro, padre de la filología comparada, ó el de Juan Andrés, padre de la historia literaria, ó el de Arteaga, uno de los organizadores de la estética, ó el de Aponte el helenista, ó el de Pla el provenzalista, ó el de Eximeno, ó el de Masdeu, ó el de Alegre, congratulémonos de ver llegar hoy á un hermano de hábito de esos egregios varones trayendo en la diestra el hermoso libro de la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, título que parece nacido para la solemnidad y ocasión presente, que es solemnidad de concordia y alianza entre lo profano y lo sagrado, entre la religión y las letras, entre el genio del teatro, que se levanta sobre el sepulcro de García Gutiérrez, y el genio severísimo de la filosofía cristiana, que alumbraba las vigilias de Vázquez y de Suárez y alumbra hoy las del P. Mir.

Porque mucho se engañaría quien sólo esperase encontrar primores de lengua en la obra magistral de nuestro compañero. No es espíritu el del P. Mir que se contente con el vano arreo

de las flores retóricas, ni era posible que al tomar la pluma sobre las más altas cuestiones que pueden ejercitar el entendimiento humano, fuera á caer en la tentación de hacer pueril alarde de palabras, cuando toda la disputa era de cosas. Sabía el P. Mir que, según la docta sentencia de nuestro antiguo humanista Hernán Pérez de Oliva, «conviene mucho enseñar lo bueno con dulzura de bien decir», y por eso llamó en ayuda de su tesis todos los recursos de una elocuencia que, sin dejar de ser didáctica, es siempre animada y viva, como si el autor se hubiese propuesto á un tiempo persuadir el corazón y vencer y aprisionar la inteligencia. Educado el gusto y el oído de nuestro moderno apologista con el suave y abundante raudal de nuestros ascéticos de la edad de oro, de los cuales ha reimpreso muchas obras con prólogos que en nada disuenan del contexto de los libros, no puede escribir página alguna que no manifieste la purísima calidad del jugo con que ha nutrido su organismo literario. No propende jamás á la frase cortada y sentenciosa de nuestros políticos y moralistas del siglo XVII, tales como Quevedo y Saavedra Fajardo, ni menos á esa manera de decir brillante y nerviosa á las veces, que en grandes escritores de nuestros días (en Donoso Cortés, por ejemplo) delata á cien leguas la continua lectura francesa. La forma predilecta del P. Mir es aquel período rotundo y lleno, grave y majestuoso, de ritmo un tanto semejante al de la poesía, de solemne andar y de pliegues amplios y rozagantes como los de una toga romana; período clásico y latino por excelencia, que de los labios de Marco Tulio pasó con mayor fuego y no menor grandilocuencia á los de Fr. Luis de Granada.

¿Y dónde, señores, podría emplearse con igual majestad y esplendor esta prosa oratoria, grande y numerosa, trasunto vivo de la serena grandeza intelectual, iluminada por el puro y eterno fulgor de las ideas madres, como en el asunto que el

P. Mir eligió para su libro? No se trataba, no, cual en otros que llevan título semejante y que, á su manera, y por otro camino han hecho á sus autores beneméritos de la causa católica, de lanzar nuevo combustible á la polémica diaria, de repeler el hierro con el hierro, de contestar á las acusaciones cien veces refutadas, de algún oscuro sofista alemán ó norteamericano. Más alto era el propósito del P. Mir, como era más alto también el de un insigne pensador catalán, Comellas y Cluet, dechado de modestia y de honradez científica, que acaba de descender al sepulcro, enteramente ignorado de sus compatriotas, pero dejando, á modo de testamento filosófico, dos libros que ponen su nombre muy cerca del de Balmes.

¿Cómo resolver de plano la antimonía pendiente entre la fe y la ciencia, temerosa esfinge que se levanta hoy ante los ojos de todo pensador, acibarando en unos los más limpios deleites del espíritu, engendrando en otros insensatas rebeldías, y apartando á casi todos de la contemplación desinteresada y pura que la ciencia exige como primera, indispensable condición en el que quiere de veras ser iniciado en sus misterios, lejos del bárbaro tumulto que levantan los esclavos de la opinión y de la pasión, absortos siempre en lo relativo, en lo pasajero y en lo mudable, incapaces de concebir las cosas bajo razón ó especie de eternidad? No ciertamente con voces de detracción y de odio, no con roncas maldiciones contra la fe que no se tiene ó contra la ciencia que no se comprende; no tampoco con la crítica parcial, sistemática y menuda, donde se puede ser alternativamente vencedor y vencido, sin que quede en definitiva el campo por nadie, sin que la verdad padezca por la torpeza de sus defensores, ni aprovechen al error los aciertos de los suyos. Más altas raíces tiene el mal, y ni dificultades cosmogónicas, ni dificultades históricas, ni dificultades lingüísticas bastarán, tomadas aisladamente, para detener ni hacer vacilar

al que con los ojos fijos en las cumbres de la Metafísica, haya comenzado por formarse un concepto claro y adecuado de lo que la ciencia es y de las condiciones que reclama el conocimiento científico, de lo que la ciencia vale en el entendimiento y de lo que vale en el objeto; del carácter relativo, limitado y deficiente con que levanta sus más audaces construcciones la razón humana; del muro infranqueable tras del cual se dilata la vasta y desolada región, no ya de lo incógnito, sino de lo eternamente *incognoscible*. Y reconocida y confesada esta *relatividad* del conocimiento, y reconocida y confesada también, de otra parte, el hambre y la sed de lo absoluto y de lo ideal que aquejan á toda alma venida á este mundo, aspiración que no se aquieta con los áridos conceptos de ley, de noción, de fuerza, de materia, de evolución, de idea, ¿cómo no reconocer y abrazar con entrañas de regocijo aquella más sublime Metafísica, aquella lumbre del rostro del Señor que está signada sobre nosotros, hasta cuando nosotros queremos arrancar torpemente la impresión y el sello? ¡Ah, señores! El alma es naturalmente cristiana, como el alma es naturalmente metafísica. Tal es la grande, la profundísima lección que resulta de los primeros capítulos de la *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

Nada más lejos de su espíritu que el repugnante error tradicionalista que mueve guerra impía á la razón en nombre de la fe. Para nuestro apologista, como para todos los verdaderos representantes de la ciencia cristiana, la fe es luz superior que derramada sobre la obra humana de la ciencia, completa lo deficiente, aclara lo oscuro, y es criterio y norma de verdad para los principios de un orden superior, que por sus propias fuerzas no podría alcanzar el entendimiento. De esta manera, el orden sobrenatural influye en el natural, y le realza, y le inunda con sus resplandores, y se abrazan los dos estrecha y amorosamente en el plan divino. Si Dios puso en el alma la

luz del entendimiento, y le dió inclinación nativa para conocer y amar la verdad, y no para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón á su perfección y término, aun después de oscurecida y degradada por las nieblas del pecado original, cuanto más después de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo?

Así concibe nuestro compañero la harmonía entre la fe y la ciencia, sin aniquilar ninguno de los dos términos, sin absorber tampoco el uno en el otro, manteniéndolos en su integridad y pureza, tan lejano del racionalismo dogmatizante que convierte en absolutos los dictámenes de una potencia tan relativa y tan flaca, como del fanatismo autoritario que toma la estrechez del entendimiento en quien se alberga, por norma y criterio de lo que es de suyo tan amplio que no cabe en los cielos ni en la tierra, como que lleva estampado entre sus notas características el signo de la *universalidad.*

Por eso al P. Mir no le aterra nada: ni las audaces hipótesis evolucionistas, ni las que pretenden explicar por otro camino el origen de la vida en el mundo. El sabe que también en el ánimo de los doctos suelen imperar la pasión y la soberbia, turbando y extraviando la recta aplicación de las potencias intelectuales á la investigación de la verdad. El conoce, al igual de los más profundos moralistas, las razones extrañas á la ciencia que determinan muchas veces la adopción de una teoría científica. Y sabe también que no es ciencia cuanto se decora con este pomposo y sagrado nombre, que debiera reservarse sólo para lo que tiene carácter de irrefragable certidumbre, derivada de la demostración deductiva ó de la generalización inductiva, sino que muchas veces ese pabellón, universalmente respetado, cubre todo género de mercancías, quiero decir, aquellas opiniones inciertas ó falaces, á las cuales los platónicos negaban carta de ciudadanía en la república científica.

aquellas síntesis atropelladas, aquellas observaciones imperfectas y mancas, aquellas experiencias no conducidas conforme á los cánones de la experimentación, aquellas antinomias que se dan tan sólo en el entendimiento del investigador científico (sujeto á corrección hoy ó mañana), pero que no se dan de ningún modo en la realidad inmaculada de los seres, que son hoy tan verdaderos y brillan tan hermosos como en el día en que el Señor los crió, para que fueran voces y testimonios de su gloria.

De esta elevación en el pensamiento especulativo nace, por consecuencia forzosa, esa serenidad, á un tiempo clásica y cristiana, que es el mayor encanto y la cualidad más envidiable del estilo del P. Mir, ese inefable reposo y dulzura que se siente al recorrer sus libros, cuando uno sale del campo fangoso de la polémica contemporánea donde parece que hasta la verdad más acrisolada se contamina y se empaña con el brutal aliento de los que dicen defenderla, y que en cierto modo no puede negarse que la defienden, dando con sus obras testimonio de la excelencia de una causa que puede resistir á semejantes defensores. No: la fortaleza se manifiesta por la templanza: en la boca del león está el panal de inexplicable dulzura: el que está firme en su creencia no necesita afectarla con contorsiones de histrión ó de energúmeno. La verdad, científicamente profesada, la intimidad solitaria con las ideas, tiene la escondida virtud de componer, de ordenar, de medir, de una manera grave y, por decirlo así, *rítmica,* las acciones, las palabras y hasta el gesto y el ademán de quien la profesa. El escribir bien, en su sentido más profundo, esto es, el escribir conforme á la realidad, conforme á lo que las cosas son y conforme se reflejan en el espíritu libre y purificado de las nieblas de la pasión, no es solamente acto y deber literario, sino acto y obligación moral, porque al fin y al cabo el arte que hace respirar

al mármol ó extiende sobre la tela los colores, dándoles la animación de la vida, ó infunde eternidad á las palabras voladoras, no es más que una forma y manifestación del arte principal y soberano en que todos debemos ser artistas: del ***arte de la vida***, la cual cada día y cada hora debemos purificar y embellecer más, para hacerla digno templo de las obras del espíritu.

Así vivieron y así escribieron, poniendo en consonancia el arte de la palabra y el de la vida, esos grandes varones del siglo XVI, en cuyas obras se ha amamantado el P. Mir, y cuyas grandezas nos ha explicado en un estilo digno de ellos. En el alma de esos hombres todo era llama pura y tranquila, quietud fecunda, noble confianza en sí mismos, porque habían acertado ¡dichos ellos! á vivir en paz con las grandes realidades del mundo trascendental y con las grandes realidades históricas del alma de su pueblo, y ni la duda los turbaba, ni los exasperaba la contradicción, ni fluctuaban en el bárbaro tumulto de opiniones contrapuestas, ni el odio manchaba sus corazones, ni la blasfemia sus labios, ni el espíritu de caridad los abandonaba nunca. Por eso su estilo es *santo*, según aquella noble expresión de nuestro Quintiliano, que tan oportunamente ha recordado el P. Mir. Y es *santo* porque es sincero, porque entre el corazón y la boca del escritor no se ha interpuesto sombra alguna. Y por eso no hay en el mundo literatura más ***honrada*** que la vieja literatura castellana, que ennobleció hasta el lenguaje de los pícaros, y convirtió los harapos de Guzmán de Alfarache en púrpura imperial. ¡Y hasta dónde no llegó esta lengua, cuando á la grandeza del estilo y á la sinceridad de la observación respondía la alteza de la materia!

¿Mas para qué hablar de la grandeza y hermosura de la lengua castellana después de oir el brillante discurso del nuevo Académico? Es ésta una de aquellas oraciones que no reciben ó toleran enmiendas, aditamentos ni retoques. Obra artística

tanto como científica, debe ser contemplada en su integridad y tiene en sí propia cuanto necesita para su perfecta comprensión, semejante en esto á un purísimo templo antiguo donde penetra la luz por todos los intercolumnios. Querer explicarla ó completarla sería pedantesco é impropio de quien sólo á un caprichoso favor de la suerte debe la honra singularísima de llevar en este día la voz de la Academia Española, para dar la bienvenida al insigne filósofo y teólogo y hablista por quien hoy reverdecen los lauros de Ribadeneira y Martín de Roa, de Mariana y Luis de la Palma, y de quien pudiéramos decir, parodiando una expresión de Lope de Vega, que «vino de Mallorca á reformar en nuestros prosistas la lengua castellana, que padece por novedad frases horribles con que más se confunde que se ilustra».

